

Imperio & Imperialismo

Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri

Atilio A. Boron

PRÓLOGO (NECESARIO) A LA QUINTA EDICIÓN EN LENGUA CASTELLANA

El libro que el lector tiene ahora entre sus manos intenta debatir, tanto desde el punto de vista teórico como a la luz de los datos de la experiencia histórica y contemporánea, las tesis que Michael Hardt y Antonio Negri desarrollaron en Imperio. Si en las ediciones anteriores hemos preferido dejar de lado el examen de algunos acontecimientos a la vez trascendentes y espectaculares, como los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington pese a que los mismos ponían seriamente en cuestión el argumento teórico de Hardt y Negri al momento en que los editores se disponen a imprimir ésta, nuestra quinta edición, en febrero de 2004, tal actitud no sólo es imposible sino a la vez indeseable. En efecto, la Guerra de Irak, declarada en solitario por los Estados Unidos, ha tenido sobre el análisis propuesto en aquella publicación el mismo efecto que sobre la autoestima norteamericana tuviera la caída de las Torres Gemelas de Nueva York.

Mucha agua ha corrido bajo los puentes y mucha sangre ha sido derramada como consecuencia de la persistencia de las políticas imperialistas desde la primera aparición de Imperio & Imperialismo. Es preciso, por lo tanto, dar cuenta de estas nuevas realidades. Si al escribirlo nuestra idea original fue la de hacer un "texto viviente," para utilizar la feliz expresión de Antonio Gramsci, éste mal podría permanecer impertérrito ante las vicisitudes de una época como la actual, caracterizada por el horror y el terror infinitos asestados en contra de poblaciones indefensas; por la desenfrenada agresión a la sociedad humana y la naturaleza perpetrada en nombre de la tasa de ganancia y las cotizaciones en la bolsa de valores; y por el inigualado cinismo con que verdaderos esperpentos que ni siquiera el propio Valle Inclán pudo imaginar nos referimos, por supuesto, a los Bush, Aznar, Blair y Berlusconi que pueblan las alturas de los estados capitalistas por doquier definen a sus fechorías como nobles acciones encaminadas a construir un mundo más seguro, pacífico y justo. Mediante la macabra manipulación de palabras y hechos, reproducida incesantemente por los medios de comunicación de masas férreamente controlados por el capital, su salvaje terrorismo se convierte en "guerra humanitaria," sus masacres a mansalva en ocasionales "daños colaterales", y sus guerras de rapiña y conquista en cruzadas a favor de la libertad y la democracia.

Este prólogo, por lo tanto, tiene por objeto sugerir algunos nuevos elementos interpretativos sobre la caracterización de la fase actual del imperialismo a la luz de las enseñanzas que arroja la guerra de Irak. Tal revisión se torna imprescindible no sólo para desbaratar la propaganda orquestada desde Washington y proyectada a todo el mundo con relación a la ocupación militar norteamericana en dicho país, sino porque, como veremos en las páginas que siguen, aún dentro de las filas de la izquierda predomina una lamentable confusión en torno al imperialismo y sus formas actuales de manifestación. Confusión que se torna aún peor dada la maligna

tendencia de la mayoría de los intelectuales a ser "políticamente correctos" o "bienpensantes," es decir, a no cuestionar las premisas silenciosas de su época que, como ya Marx y Engels lo descubrieran en sus textos juveniles, no son otra cosa que las ideas de la clase dominante.

Dado que sin un análisis preciso de la realidad no puede haber una línea política correcta para combatir los flagelos del imperialismo, clarificar este asunto se convierte en una materia de la mayor importancia. Este ensayo pretende sumar su humilde aporte a dicha empresa.

LAS "DURAS RÉPLICAS " DE LA GUERRA EN IRAK

Comencemos parafraseando una expresión utilizada por Norberto Bobbio, "las duras réplicas de la historia", para referirse a la refutación que, según sus análisis, había sufrido la teoría marxista del estado debido a los cambios experimentados por los capitalismo democráticos a lo largo del siglo XX. La ocupación militar de Irak, declarada por Washington con el solo apoyo de su principal estadocliente, el Reino Unido, y su nuevo lacayo hispanoparlante, José M. Aznar, ha generado también sus duras, durísimas réplicas sobre la difundida teorización de Michael Hardt y Antonio Negri objeto de nuestro libro. Los acontecimientos que se sucedieron en la arena internacional a partir de la publicación original en lengua inglesa de la mencionada obra, y de manera muy especial la Guerra de Irak, han refutado de manera inapelable, con la contundencia de los hechos históricos, la temeraria teorización propuesta por aquéllos en su libro. Éste no sólo se reveló incapaz de interpretar adecuadamente la historia el imperialismo y su estructura actual, sino también de dar derrumbe de la Unión Soviética y el fin del orden mundial de posguerra.

Una somera enumeración de algunas de las principales "víctimas teóricas" de los sucesos prácticos ocurridos recientemente identificaría, entre otras, las siguientes.

LA CONCEPCIÓN DE HARDT Y NEGRI SOBRE EL PAPEL DE LAS NACIONES UNIDAS Y EL DERECHO INTERNACIONAL

En efecto, tal como se señala in extenso en nuestro libro, los autores de Imperio exageraron groseramente la importancia y la gravitación efectiva de las Naciones Unidas y la legislación internacional. Al carecer de los instrumentos teóricos necesarios que les permitieran percibir la complejidad de la estructura del sistema imperialista dado que tales instrumentos no se encuentran en la "caja de herramientas" de la filosofía posmoderna francesa, la política italiana y la ciencia económica norteamericana, las tres reconocidas fuentes de su teorización nuestros autores cayeron fácilmente en el engaño inducidos por las apariencias "democráticas" del multilateralismo y del sistema de las Naciones Unidas. Confundieron, en consecuencia, la hueca formalidad del imperio con su sustancia constitutiva, y tomaron la forma por el fondo. El contraste entre esta imagen y la realidad era evidente aún para los principiantes en el estudio de las relaciones internacionales. Ofuscados por las inadecuaciones de sus propios conceptos, devenidos una vez más en verdaderas cárceles del pensamiento, Hardt y Negri no podían ver lo evidente. La invasión unilateralmente decretada por el Presidente George W. Bush hizo que las contradicciones entre su teorización y la realidad fuesen estridentes e insoportables. Violando ese supuesto orden corporizado en las Naciones Unidas, los Estados Unidos

decidieron como política oficial y ya no más como un position paper circulando subrepticamente por las oficinas de Washington y escrito por algún halcón paranoico del Pentágono hacer caso omiso de cualquier resolución que pudiese adoptar en contrario el Consejo de Seguridad, para ni hablar de la Asamblea General, y arrasarse a Irak. Fiel a dicha actitud, la Casa Blanca no vaciló en proseguir adelante en la defensa de su seguridad nacional supuestamente amenazada prescindiendo por completo de la necesidad de construir los trabajosos acuerdos políticos requeridos por la Carta de las Naciones Unidas y de someterse a los dictados de una legislación internacional que el centro imperial siempre consideró como un mero tributo a la demagogia y que sólo debía obedecerse en la medida en que no afectase los intereses de Washington. Esta postura fue llevada a cabo aún a pesar de los altos costos que implicaba, como por ejemplo la ruptura del consenso noratlántico, la crisis de la OTAN y el grave entredicho con Francia y Alemania, cuyas secuelas habrán de ser visibles por mucho tiempo. El hecho de que luego de consumada la agresión a Irak el Consejo de Seguridad hubiera adoptado una resolución por unanimidad exhortando a la reconstrucción democrática y compartida de Irak no hizo sino legitimar post bellum la agresión imperialista y la destrucción de los tambaleantes restos del orden multilateral de posguerra. Esta resolución del Consejo de Seguridad, no obstante, fue equivocadamente interpretada por Antonio Negri en una reciente entrevista periodística como una capitulación norteamericana frente a las Naciones Unidas, cuando se trata exactamente de lo contrario: la impotente resignación de la ONU ante el brutal atropello cometido por Washington (Cardoso, 2003). Este disparate en la apreciación siempre difícil, es cierto de la coyuntura actual se repite también en la caracterización que a lo largo de las páginas de Imperio se hace de acontecimientos del pasado. Esta peligrosa confusión entre retórica y realidad llevó a nuestros autores, por ejemplo, a exaltar la figura del Presidente Woodrow Wilson siguiendo los lineamientos más convencionales de la ideología oficial norteamericana que lo presentan como un "idealista," un apacible constructor de la paz y un hombre inspirado en las nobles ideas kantianas de la comunidad universal. Tal visión ignora, entre otras cosas, los ácidos comentarios de John M. Keynes acerca de la duplicidad e hipocresía que caracterizaron al personaje ("un consumado farsante," según Keynes) o al hecho, para nada banal, de que haya sido precisamente durante su presidencia que los marines ocuparon el puerto mexicano de Veracruz e invadieron Nicaragua y la República Dominicana.

LA CONCEPCIÓN ACERCA DEL CARÁCTER SUPUESTAMENTE DESTERRITORIALIZADO Y DESCENTRADO DEL IMPERIALISMO

Otra de las víctimas de la Guerra de Irak ha sido la proposición que declaraba la obsolescencia de las cuestiones territoriales (y en gran medida materiales) a favor de lo virtual, simbólico e inmaterial. Esta volatilización de los elementos territoriales del imperialismo (¡y del capitalismo!) tendría varias consecuencias necesarias. En primer lugar, el irreversible desplazamiento de las antiguas soberanías fincadas en los arcaicos estados nacionales territoriales hacia un vaporoso espacio presuntamente supranacional, lugar donde se constituiría una nueva soberanía imperial despojada de cualquier vestigio estatal nacional y, por lo tanto, de cualquier referencia territorial o geográfica. En segundo lugar, la progresiva desaparición de un centro, territorialmente situado, que "organice" la estructura internacional de dominación y, por ende, el desvanecimiento de la distinción entre centro y periferia.

En lugar de ello, lo que caracterizaría al imperio sería la primacía de una "lógica global de dominio" superadora de los tradicionales intereses nacionales y cuya belicosa reafirmación ocasionara innumerables guerras "imperialistas" en el pasado.

Si hay algo que demostró la agresión descargada sobre Irak fue el carácter meramente ilusorio de estas concepciones tan caras a los autores de Imperio, a las cuales Bush desmintió con los rudos modales del cowboy tejano. Una de las primeras lecturas que podemos hacer de los acontecimientos de Irak es que seguramente haciendo oídos sordos de la conceptualización de Hardt y Negri la superpotencia solitaria se ha asumido plenamente como imperialista, y no sólo no intenta ocultar esta condición, como ocurría en el pasado, sino que hasta hace gala de ella. Intervino militarmente en Irak, como seguramente lo hará en otras partes, obedeciendo a la más grosera y mezquina defensa de los intereses del conglomerado de gigantescos oligopolios que configuran la clase dominante norteamericana, intereses que gracias a la alquimia de la hegemonía burguesa se convierten, milagrosamente, en los intereses nacionales de los Estados Unidos. Los hombres de la industria petrolera que hoy transitan por los salones de la Casa Blanca se abalanzaron, bajo absurdos pretextos, sobre un país para apoderarse de las enormes riquezas que guarda en su subsuelo. Dicho de manera lisa y llana, la ocupación militar de Irak es pura conquista territorial a cargo del actor central de la estructura imperialista de nuestros días. No hay allí nada "desterritorializado" o inmaterial. Es la vieja práctica reiterada por enésima vez.

Nada puede ser más desacertado pues que la imagen evocada por Hardt y Negri en su libro en la cual Washington se involucra militarmente a lo ancho y largo del planeta en respuesta a un clamor universal para imponer la justicia y la legalidad internacionales. Toda una pléthora de hasta hace poco oscuros publicistas de la ultraderecha especialmente Robert Kagan y Charles Krauthammer ha emergido a la luz pública para justificar abiertamente esta reafirmación de un unilateralismo imperialista al que poco y nada le preocupan la justicia y la legalidad internacionales, uniendo fuerzas con otros autores que, como Samuel P. Huntington o Zbigniew Brzezinski, habían desde hace ya unos años delineado los imperativos estratégicos de la "superpotencia solitaria" y la impostergable necesidad de asumir a plenitud los desafíos que se desprenden de su condición de punto focal de un vasto imperio territorial. Uno de tales desafíos, no ciertamente el único, es el derecho ¡y no sólo esto sino en realidad el deber, en función del "destino manifiesto" que convierte a los Estados Unidos en portador universal de la libertad y la felicidad de los pueblos! de apelar a la guerra cuantas veces sea necesaria para impedir que el frágil y altamente inestable "nuevo orden mundial" proclamado por George Bush padre a la salida de la primera Guerra del Golfo se derrumbe como un castillo de naipes. Y nada de esto puede hacerse sin reforzar considerablemente la soberanía estatal nacional norteamericana y sus órganos efectivos de proyección internacional, principalmente sus fuerzas armadas. Esta y no otra es la razón por la cual el gasto militar de los Estados Unidos equivale a casi la mitad del gasto militar total del planeta. De este modo, la idílica idea planteada por Hardt y Negri los Estados Unidos renunciando a la defensa de sus intereses nacionales y al ejercicio del poder imperialista, y transfiriendo su soberanía a un quimérico imperio, en aras del cual la Casa Blanca responde magnánimamente al clamor internacional en pro de la justicia y el derecho globales quedó sepultada por el aluvión de "bombas inteligentes" que se descargaron sobre la geografía iraquesa.

UN DIFUNTO QUE GOZA DE MUY BUENA SALUD

Otra de las enseñanzas de la Guerra de Irak ha sido la actualización de algunos de los rasgos que caracterizaban al "viejo imperialismo". En la versión de nuestros autores, la exaltación de los elementos virtuales establecía un límite infranqueable entre el "viejo imperialismo" y el novísimo imperio, entendiendo por el primero aquel sistema de relaciones internacionales que se en cuadraba, aproximadamente, en los cánones establecidos por el análisis leninista y compartidos en gran medida por algunos autores clásicos del tema como Bujarin y Rosa Luxemburgo. Uno de tales rasgos era, precisamente, la ocupación territorial y el saqueo de los recursos naturales de los países coloniales o sometidos a la agresión imperialista. De la lectura de Imperio se desprende una concepción teórica indiferente ante la problemática del acceso a los recursos estratégicos para el mundo de la producción y la misma sustentabilidad de la civilización capitalista, explicable por el fuerte énfasis puesto por sus autores sobre los (hoy por hoy sin duda importantes) aspectos inmateriales del proceso de creación de valor y las transformaciones de la moderna empresa capitalista. La Guerra en Irak demostró, ya desde sus tragicómicos prolegómenos, lo desacertada que era esta concepción. Basta con recordar al Presidente Bush exhortando, con una patética sonrisa apenas disimulada en sus labios, a los iraquíes a no destruir sus pozos de petróleo y a abstenerse de incendiarlos para comprender el carácter absolutamente crucial que el acceso a y control de los recursos naturales estratégicos desempeña en la estructura imperialista mundial. El petróleo constituye, hoy por hoy, el sistema nervioso central del capitalismo internacional, y su importancia es aún mayor que la que tiene el mundo de las finanzas. Éste no puede funcionar sin aquél: todo el enjambre de aquello que Susan Strange ha correctamente denominado "capitalismo de casino" se desmoronaría en cuestión de minutos ante la desaparición del petróleo. Y éste, lo sabemos, estará agotado de la faz de la tierra en no más de dos o tres generaciones. Se ría de una ingenuidad imperdonable suponer que la disidencia francesa frente a los atropellos norteamericanos en Irak se funda en el ardor de las convicciones democráticas y anticolonialistas de Jacques Chirac o en los irrefrenables deseos de la derecha francesa de asegurar para el pueblo iraquí el pleno disfrute de las delicias de un orden democrático. Lo que motorizó la intransigencia francesa fue, por el contrario, algo mucho más prosaico: la permanencia de las empresas de ese país en un territorio en donde se encuentra la segunda reserva de petróleo del mundo. Contrariamente a lo que nos inducen a pensar Hardt y Negri en su visión sublimada y por lo tanto complaciente del imperio, uno de los posibles escenarios futuros del sistema internacional es el de una acrecentada rivalidad interimperialista en donde el saqueo de los recursos estratégicos, como el petróleo y el agua, y la pugna por un nuevo reparto del mundo, bien pudieran tener como consecuencia el estallido de nuevas guerras de rapiña, análogas en su lógica a las que conociéramos a lo largo del siglo XX, en los tiempos en los que el imperialismo gozaba de envidiable salud.

OTRA VÍCTIMA: LA CONCEPCIÓN DESARROLLADA EN IMPERIO ACERCADE LAS MAL LLAMADAS EMPRESAS TRANSNACIONALES

En efecto, Hardt y Negri hicieron suya suponemos que sin ser concientes de ello la visión del mundo capitalista cultivada con esmero por las principales escuelas de negocios de los Estados Unidos y Europa y los teóricos de la "globalización" neoliberal.

Como es bien sabido, en el pensamiento de la derecha el irresistible ascenso de la globalización aparece como un fenómeno tan "natural" como el movimiento de los astros y que

da origen a un nuevo mundo de economías interdependientes. Los agentes económicos operan, por lo tanto, en un escenario plano y libre de los obstáculos que antes interponían los poderosos estados nacionales. En ese espacio reina la libre competencia, y las viejas asimetrías del pasado, con sus odiosas distinciones entre metrópolis y colonias, son cosas del pasado, sólo evocadas por izquierdistas nostálgicos de un mundo que ya no existe más.

Según esta interpretación no sólo han periclitado las economías "nacionales," devoradas por el farrago de la globalización, sino que las grandes empresas se han desprendido por completo de los últimos vestigios de su adscripción nacional. Ahora son todas transnacionales y globales, y lo que requieren para operar eficientemente es un espacio mundial liberado de las antiguas trabas y restricciones "nacionales" que pudieran entorpecer sus movimientos. Desde una lectura supuestamente anticapitalista este espacio vendría a ser, precisamente, el imperio, tal cual es caracterizado en la obra de Hardt y Negri. Tal como lo demostraremos en las páginas que siguen, la realidad se encuentra a años luz de esta visión. Hay una distinción elemental (que es completamente pasada por alto en la obra que estamos criticando) entre teatro de operaciones de las empresas y el ámbito de su propiedad y control. Si en el caso de los modernos leviatanes empresariales una pequeñísima proporción del total de empresas que existen en el mundo su escala de operaciones es claramente planetaria, la propiedad y el control siempre, absolutamente siempre, tienen una base nacional: las empresas son personas jurídicas que están registradas en un país en particular y no en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York. Están radicadas en una ciudad, se atienen a un determinado marco legal nacional que las protege de eventuales expropiaciones, pagan impuestos por sus ganancias en el país donde se encuentra radicada su matriz, y así sucesivamente. Pero si algunas dudas quedaban acerca del carácter "transnacional" de la moderna empresa capitalista, la conducta de la Casa Blanca y su brutal insistencia en que las beneficiarias de la operación bélica iniciada en nombre de la libertad y la necesidad de liberar al mundo de las amenazas de un peligroso monstruo como Saddam no podían ser otras que las empresas norteamericanas, vino a demostrar, con la tosquedad característica de los rancheros de Texas, la irrealidad de las tesis desarrolladas en Imperio sobre este asunto. No sólo eso. No se trata ya de que las empresas norteamericanas se llevan la parte del león de la operación iraquí. La forma misma en que dichos privilegios fueron adjudicados entre empresas vinculadas todas ellas a la camarilla gobernante norteamericana recuerda los métodos utilizados por las distintas familias de la mafia neoyorquina para dividirse el control de los negocios en la ciudad. ¿Qué relación guarda este reparto imperialista con las idílicas teorizaciones que hallamos en Imperio? Absolutamente ninguna.

Por último, un párrafo final merece el papel desarrollado por los movimientos contrarios a la globalización neoliberal y que la prensa capitalista no por casualidad denomina "no global" o "antiglobalización." El objetivo nada inocente de esa opción semántica es más que evidente: transformar a los críticos de la globalización neoliberal en monstruos antediluvianos que pretenden de tener la marcha de la historia y del progreso tecnológico. El "no global" aparece así ante los ojos de la opinión pública mundial como un heteróclito conjunto de melancólicos buscadores de utopías en un mundo que gira al compás de los mercados. Allí se re juntan socialistas, comunistas, anarquistas, ecologistas, pacifistas, militantes de los derechos humanos, feministas, indigenistas y todo tipo de sectas y tribus recalcitrantes, que se empeñan en ignorar que el mundo ha devenido en uno solo, que por primera vez en la historia se ha "universalizado," y por eso mismo decretado el fin de todo tipo de milenarismos y particularismos. Por el contrario, los movimientos que resisten a la tiranía de los mercados creen que otra globalización es posible (y urgentemente necesaria), que la actual es producto del hasta hace poco incontestado predominio de las grandes empresas, que nada tiene de

natural sino que es producto de la derrota sufrida por las fuerzas populares, de izquierda y democráticas en las décadas de los "70 y los "80 y que la historia, lejos de haber concluido, recién está en sus comienzos, y que tan siniestro resultado puede y debe ser revertido.

La vigorosa emergencia de tales movimientos contradice algunos planteamientos centrales del libro de Hardt y Negri. Los "no global" tienen el formidable mérito de haber puesto en marcha un gran movimiento pacifista incluso antes del inicio de las operaciones en Irak. Si, como lo recuerda Noam Chomsky, el pacifismo en relación a la Guerra de Vietnam apareció tímidamente más de cinco años después de iniciada la escalada militar en Vietnam del Sur, en el caso de la reciente guerra ese movimiento logró articular una propuesta masiva y de un vigor inédito se manifiesta antes del comienzo de las hostilidades. Se calcula que unos quince millones de personas se manifestaron por la paz en las principales ciudades de todo el mundo. En Inglaterra y en España, no por casualidad países cuyos gobiernos fueron cómplices de la agresión imperialista de los Estados Unidos, las demostraciones callejeras adquirieron un volumen inédito en la historia. Los gobiernos de Blair y Aznar dieron una lección ejemplar de las insalvables limitaciones de la democracia capitalista al desoír con absoluto cinismo lo que reclamaban con sus movilizaciones y con sus respuestas a las numerosas encuestas de opinión pública los supuestos soberanos del orden democrático. Como lo hemos argumentado en otras partes, en los capitalismo democráticos lo sustancial es el componente capitalista de la fórmula y lo democrático es apenas un accesorio que se puede respetar siempre y cuando no afecte las cuestiones de fondo. La operación de rapiña imperialista era una cuestión de fondo ordenada por la Junta que actualmente gobierna los Estados Unidos recordemos, con Gore Vidal, que es Bush el primer presidente norteamericano que accede a la Casa Blanca por la vía de un golpe institucional perpetrado por la Suprema Corte de ese país y por lo tanto las "formalidades" democráticas debían ser dejadas de lado. Los pequeños déspotas hicieron lo que quisieron y siguieron hasta el final con el plan elaborado por los halcones de la Casa Blanca pese al repudio abrumador de la opinión pública. En el caso español, el rechazo a la guerra alcanzaba al 90% de los entrevistados, a pesar de lo cual el gobierno del Partido Popular prosiguió impertérrito con su política.

Lo anterior viene al punto debido a que, en su libro, nuestros autores consagran como el verdadero "héroe" de la lucha contra el imperio al migrante anónimo y desarraigado, que abandona su terruño del Tercer Mundo para internarse en las entrañas del monstruo y, desde ahí y junto a otros como él o ella que constituyen la famosa "multitud", libran batalla contra los amos del mundo. Sin desmerecer la importancia que puedan tener tales actores sociales, lo cierto es que lo que se ha venido observando en los últimos años y muy especialmente en las manifestaciones en contra de la guerra de comienzos del 2003 es el vigor de un movimiento social que tiene raíces muy sólidas en las estructuras sociales del capitalismo metropolitano y que capta numerosos adeptos, especialmente aunque no sólo entre los jóvenes, en grandes segmentos sociales que están sufriendo un acelerado proceso de descomposición en virtud de la mundialización neo liberal. Esto no significa negar la participación de grupos de inmigrantes, pero lo cierto es que la composición social de tales movimientos revela que la presencia de éstos está lejos de ser preponderante y es antes que nada marginal. En todo caso, por su complejidad y radicalidad, su original innovación en lo tocante a la estrategia de organización de los sujetos colectivos, sus modelos discursivos, sus estilos de acción y, finalmente, por su anticapitalismo militante, el movimiento "no global" representa uno de los desafíos más serios con que se tropieza el imperio realmente existente. Esto también constituye una novedad que plantea serias dudas en relación a las tesis elaboradas por Hardt y Negri acerca de los sujetos de la confrontación social y la incierta fisonomía sociológica de la "multitud."

RECAPITULANDO

Estamos viviendo un momento muy especial en la historia del imperialismo: el tránsito de una fase, llamémosla "clásica", a otra cuyos contornos recién se están dibujando pero cuyas líneas generales ya se disciernen con claridad. Nada podría ser más equivocado que postular, como hacen Hardt y Negri en su libro, la existencia de una entidad tan inverosímil como un "imperio sin imperialismo", lo cual constituye un desmovilizador oxímoron político. De ahí la necesidad de polemizar con sus tesis, por que dada la excepcional gravedad de la situación actual un capitalismo cada vez más regresivo y reaccionario en lo social, lo económico, lo político y lo cultural, y que criminaliza los movimientos sociales de protesta y militariza la política internacional sólo un diagnóstico preciso sobre la estructura y el funcionamiento del sistema imperialista internacional permitirá a los movimientos sociales, partidos, sindicatos y organizaciones populares de todo tipo que luchan por su derrocamiento, encarar las nuevas jornadas de lucha con alguna posibilidad de éxito.

La ilusión de que podemos emprender la lucha sin conocer con precisión el terreno donde habrán de librarse los grandes combates de la humanidad sólo puede preanunciar nuevas y más apabullantes derrotas. El entrañable Don Quijote no es un buen ejemplo que debemos imitar: confundir los molinos de viento con poderosos caballeros de lanza y armadura no fue el mejor camino para la realización de sus sueños. Tampoco sirve como modelo de inspiración San Francisco de Asís, otra figura exaltada en el texto de Hardt y Negri. En realidad, no hay lucha emancipatoria posible si no se dispone de una adecuada cartografía social que describa con precisión el teatro de operaciones y la naturaleza social del enemigo y sus mecanismos de dominación y explotación.

Las flagrantes distorsiones a las cuales puede llegar una concepción equivocada como la que sostienen Hardt y Negri pueden ser asombrosas. Baste con leer al último de los nombrados cuando afirma que "la guerra de Irak fue un golpe de estado de los Estados Unidos en contra del imperio", junto a muchas otras declaraciones por el estilo. Quisiéramos concluir citando in extenso la entrevista concedida por Negri al diario Clarín de Buenos Aires, cuya elocuencia es insuperable. En ella nuestro autor aseveró que la actual ocupación norteamericana en Irak no constituye un caso de "administración colonial, sino un proceso clásico de nation building (construcción de nación). Y por ende se trata de una transformación de sentido democrático. Ese es el pretexto de Estados Unidos. Es una ocupación militar que derribó un régimen, pero después el problema es nation building, o sea un intento de transición, no de colonización. Sería como decir que es colonizador el hecho de pasar de la dictadura a la democracia en Hungría o Checoslovaquia. No hay una actitud de ese tipo en la administración estadounidense. Estos estadounidenses quieren parecer más malos de lo que son". Conviene preguntarse ante esta increíble confusión en donde una guerra de rapiña y ocupación territorial aparece dulcificada como una altruista operación de nation building y de exportación democrática: ¿será posible avanzar en la lucha concreta contra el imperialismo "realmente existente" munidos con un instrumental teórico tan tosco como el que nos proponen estos autores y que los conduce a tan disparatadas conclusiones? Al final de todo, filosofar es distinguir. Mala filosofía es aquella incapaz de diferenciar una guerra de conquista de un proceso de construcción nacional.

De bien poco sirve proyectar con esmero los rasgos de una nueva sociedad si no se conoce, de manera realista, la fisonomía de la sociedad actual que es preciso superar. Un mundo post capitalista y postimperialista es posible. Es más, diríamos que es imprescindible, puesto que, de seguir funcionando con la lógica predatoria del capitalismo, la sociedad actual se encamina

hacia su autodestrucción. Pero antes de construir esa nueva sociedad más humana, justa, libre y democrática que la precedente será necesario emplear todas nuestras energías para superar la que hoy nos oprime, explota y deshumaniza, y que condena a casi la mitad de la población mundial a subsistir miserablemente con menos de dos dólares diarios. Y esta verdadera epopeya emancipatoria tiene como una de sus condiciones de posibilidad, no la única pero ciertamente una de las más importantes, la existencia de un conocimiento realista y preciso del mundo que deseamos trascender. Si en lugar de ello somos prisioneros de las ilusiones y mistificaciones que con tanta eficacia genera y disemina la sociedad burguesa, nuestras esperanzas de construir un mundo mejor naufragarán irremisiblemente. Este libro pretende ser un modesto aporte para evitar tan triste y cruel desenlace.

Prólogo

Primero, un poco de historia. En septiembre del 2001 Tariq Ali, uno de los editores de la *New Left Review*, nos invitó a escribir un capítulo en un volumen colectivo a publicarse por Verso, en Londres, a mediados del corriente año. El libro reúne una serie de comentarios críticos a *Imperio*, a los cuales se les agregará la respuesta de Michael Hardt y Antonio Negri. Dado que aquel debía ser entregado en inglés, y habida cuenta de nuestras catastróficas experiencias previas en materia de traducciones, decidimos escribirlo directamente en esa lengua. Fue enviado a Londres y distribuido entre algunos de los coautores del volumen consignado y, por supuesto, a los autores de *Imperio*. Con ocasión del segundo Foro Social Mundial, celebrado en Porto Alegre a fines de enero del corriente año, entregamos el texto a algunos colegas y amigos con el objeto de recabar comentarios. Al poco tiempo comenzamos a recibir urgentes pedidos de autorización para traducir el texto al idioma español. Preocupados también por los riesgos que entraña cualquier traducción decidimos asumir por nuestra cuenta el esfuerzo. Al traducir la versión original a nuestra lengua materna lo que ocurrió fue que la reescribimos por entero, ampliando comentarios, agregando datos y sugiriendo nuevas reflexiones. El resultado es este libro.

Lo anterior es historia y circunstancia. Hubo también razones más de fondo. En primer lugar, la necesidad de considerar muy seriamente una obra producida por dos autores del calibre intelectual de Michael Hardt y Antonio Negri (H&N de ahora en adelante). Su trayectoria intelectual y política, dilatada y fecunda especialmente en el caso del segundo de los nombrados, los hace merecedores de todo respeto y nos obliga, por eso mismo, a examinar muy cuidadosamente el mérito de los planteamientos que desarrollan a lo largo de un libro tan polémico y de tan notable impacto público como *Empire* (Hardt y Negri, 2000). En segundo término, por la importancia sustantiva del tema que se aborda en ese trabajo: el imperio o, tal vez, en una definición que nos parece más apropiada, el sistema imperialista en su fase actual.

Las dificultades para acometer una empresa de este tipo no son pocas. Se trata de dos intelectuales identificados con una postura crítica en relación al capitalismo y a la mundialización neoliberal y que, por añadidura, tuvieron la valentía de abordar el examen de un tema de crucial importancia en la coyuntura actual. En efecto, por profunda que sea nuestra disidencia teórica con la interpretación que H&N acaban proponiendo, es preciso reconocer que una revisión y una puesta al día como la emprendida por nuestros autores era necesaria. Por una parte, porque las deficiencias de los análisis convencionales de la izquierda en relación a las transformaciones experimentadas por el imperialismo en el último cuarto de siglo eran inocultables y exigían una urgente actualización. Por la otra, porque las falencias del "pensamiento único" sobre esta materia divulgado urbi et orbi por el FMI, el Banco Mundial y las agencias ideológicas del sistema imperial y que se plasma en la teoría neoliberal de la "globalización" son aún mayores. Para quienes, como el autor de este libro, la misión fundamental de la filosofía y la teoría política es cambiar el mundo y no sólo interpretarlo para citar la recordada "Tesis Onceava" de Marx sobre Feuerbach una teoría correcta constituye un instrumento insustituible para que los movimientos populares que resisten la mundialización neoliberal puedan navegar con un margen razonable de certidumbre en las turbulentas aguas del capitalismo contemporáneo. Uno de los factores que más nos impulsó a escribir esta obra es la rotunda convicción de que la respuesta que ofrecen H&N a este desafío es altamente insatisfactoria y que puede ser fuente de renovadas frustraciones en el terreno de la práctica política.

Es evidente que un fenómeno como el del imperialismo actual su estructura, su lógica de funcionamiento, sus consecuencias y sus contradicciones no se puede comprender adecuadamente procediendo a una relectura talmúdica de los textos clásicos de Hilferding, Lenin, Bujarin y Rosa Luxemburg. No porque ellos estaban equivocados, como le gusta decir a la derecha, sino por que el capitalismo es un sistema cambiante y altamente dinámico que, como escribieran Marx y Engels en El Manifiesto Comunista, "se revoluciona incesantemente a sí mismo". Por consiguiente, no se puede entender al imperialismo de comienzos del siglo XXI leyendo solamente estos autores. Pero tampoco se lo puede comprender sin ellos. No se trata, por supuesto, de la monótona y estéril reiteración de sus tesis. El objetivo es avanzar en una reformulación que partiendo desde la revolución copernicana producida por la obra de Marx que nos suministra una clave interpretativa imprescindible e irremplazable para explicar a la sociedad capitalista reelabore con audacia y creatividad la herencia clásica de los estudios sobre el imperialismo a la luz de las transformaciones de nuestro tiempo. El imperialismo de hoy no es el mismo de hace treinta años. Ha cambiado, y en algunos aspectos el cambio ha sido muy importante. Pero no se ha transformado en su contrario, como nos propone la mistificación neo liberal, dando lugar a una economía "global" donde todos somos "interdependientes". Sigue existiendo y oprimiendo a pueblos y naciones, y sembrando a su paso dolor, destrucción y muerte. Pero se a los cambios conserva su identidad y estructura, y sigue desempeñando su función histórica en la lógica de la acumulación mundial del capital. Sus mutaciones, su volátil y peligrosa mezcla de persistencia e innovación, requieren la construcción de un nuevo abordaje que nos permita captar su naturaleza actual. No es éste el lugar para proceder a un examen de las diversas teorías sobre el imperialismo. Digamos, a guisa de resumen, que los atributos fundamentales del mismo señalados por los autores clásicos en tiempos de la Primera Guerra Mundial siguen vigentes toda vez que el imperialismo no es un rasgo accesorio ni una política perseguida por algunos estados sino una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo. Esta etapa está signada, hoy con mayor contundencia que en el pasado, por la concentración del capital, el abrumador predominio de los monopolios, el acrecentado papel del capital financiero, la exportación de capitales y el reparto del mundo en distintas "esferas de influencia". La aceleración del proceso de mundialización acontecida en el último cuarto de siglo, lejos de atenuar o disolver las estructuras imperialistas de la economía mundial, no hizo sino potenciar extraordinariamente las asimetrías estructurales que definen la inserción de los distintos países en ella. Mientras un puñado de naciones del capitalismo desarrollado reforzó su capacidad para controlar, al menos parcialmente, los procesos productivos a escala mundial, la financiarización de la economía internacional y la creciente circulación de mercancías y servicios, la enorme mayoría de los países vio profundizar su dependencia externa y ensanchar hasta niveles escandalosos el hiato que los separaba de las metrópolis. La globalización, en suma, consolidó la dominación imperialista y profundizó la sumisión de los capitalisms periféricos, cada vez más incapaces de ejercer un mínimo de control sobre sus procesos económicos domésticos. Esta continuidad de los parámetros fundamentales del imperialismo no necesaria mente de su fenomenología es ignorada en la obra de Hardt y Negri, y el nombre de tal negación es lo que estos autores han de nominado "imperio". Lo que pretendemos demostrar en nuestro libro es que así como las murallas de Jericó no se derrumbaron ante el sonido de las trompetas de Josué y los sacerdotes, la realidad del imperialismo tampoco se desvanece ante las fantasías de los filósofos.

No es un dato menor el hecho de que una reflexión como la que nos proponen H&N tenga lugar en momentos en que la de pendencia de la periferia y la dominación imperialista se hayan profundizado hasta llegar a niveles desconocidos en nuestra historia. Por ello, la necesidad de contar con un renovado instrumental teórico para comprender al imperialismo y luchar contra él es más urgente que nunca. Sin pecar de teoreticistas, nos parece que será muy difícil librar con

éxito dicha batalla si no se comprende muy claramente cuál es la naturaleza del fenómeno. Es precisa mente debido a esa necesidad de saber que Imperio ha tenido tan extraordinario impacto entre las enormes masas de jóvenes y no tan jóvenes que desde Seattle en adelante se han movilizad o en todo el mundo para poner coto al sistemático genocidio que el imperialismo practica a diario en los países de la periferia capitalista, a la regresión social y la descuidad anización que tienen lugar en las sociedades más avanzadas y atrasadas por igual, a la criminal destrucción del medio ambiente, al envilecimiento de los regímenes democráticos maniatados por la tiranía de los mercados y al paroxismo militarista que, desde el atentado a las Torres Gemelas y el Pentágono, se ha adueñado de la Casa Blanca y otros lugares privilegiados desde los cuales se toman las decisiones que afectan las vidas de miles de millones de personas en todo el mundo. Pese a sus nobles intenciones y la honestidad intelectual y política de sus autores, temas sobre los cuales no albergo duda alguna, este libro saludado por muchos como "el Manifiesto Comunista del siglo XXI" o como un redivivo "librito rojo" de los mal llamados "globalifóbicos" contiene gravísimos errores de diagnóstico e interpretación que, en caso de pasar desapercibidos y ser aceptados por los grupos y organizaciones que hoy pugnan por derrotar al imperialismo, podrían llegar a ser la causa intelectual de nuevas y más duraderas derrotas, y no sólo en el plano de la teoría. Es por eso que nos hemos aventurado a plantear nuestras críticas y a asumir los costos y riesgos que conlleva el cuestionamiento a un texto que, por distintas razones, se ha convertido en una importante referencia teórica para los movimientos críticos de la globalización neoliberal. Creemos que un debate franco y sincero con las tesis planteadas en Imperio puede ser un poderoso antídoto para despejar tales acechanzas.

Capítulo 1

Sobre perspectivas, horizontes de visibilidad y puntos ciegos

Algo que seguramente no por casualidad sorprenderá al lector de Hardt y Negri es la escasa atención que Imperio le dedica a la literatura sobre el imperialismo. Por contraste con Lenin o Rosa Luxemburg, quienes realizaron una cuidadosa revisión de los numerosos trabajos sobre el tema, nuestros autores optaron por ignorar gran parte de lo que ha sido escrito sobre el asunto. La literatura con la cual ellos conversan es una combinación de ciencia social norteamericana, especialmente economía política internacional y relaciones internacionales, mezclada con fuertes dosis de filosofía francesa. Esta síntesis teórica es empaquetada en un estilo y con un lenguaje claramente postmodernos, y el producto final es un mix teórico que, pese a las intenciones de sus autores, difícilmente podría perturbar la serenidad de los señores del dinero que año tras año se reúnen en Davos. A raíz de esto, casi la totalidad de las citas procede de libros o artículos publicados dentro de los límites del establishment académico francoamericano. La considerable literatura producida en América Latina, la India, África y otras partes del Tercer Mundo en relación al funcionamiento del sistema imperial y el imperialismo no merece siquiera una modesta nota a pie de página. Las discusiones dentro del marxismo clásico Hilferding, Luxemburg, Lenin, Bujarin y Kautsky sobre el tema se acomodan en un breve capítulo del voluminoso libro, mientras que la continuación de dichas controversias en el período de la postguerra ocupa un espacio aún menor. Nombres como Ernst Mandel, Paul Baran, Paul Sweezy, Harry Magdoff, James O'Connor, Andrew Shonfield, Ignacy Sachs, Paul Mattick, Elmar Altvater y Maurice Dobb son conspicuas ausencias en un libro que pretende arrojar nueva luz sobre una etapa enteramente novedosa en la historia del capital. No sorprende, por consiguiente, comprobar que el resultado de esta empresa sea ofrecer una visión del imperio tal y como el mismo se observa desde su cumbre. Una visión parcial y unilateral, incapaz de percibir la totalidad del sistema y de dar cuenta de sus manifestaciones globales más allá de lo que presuntamente acontece en las playas nortatlánticas. Su horizonte de visibilidad es singularmente estrecho, y los puntos ciegos que se configuran ante el mismo son numerosos e importantes, como tendremos ocasión de demostrarlo a lo largo de las páginas que siguen. Se trata, en síntesis, de una visión que quiere ser crítica e ir a la raíz del problema, pero que dado que no puede independizarse del lugar privilegiado desde el cual observa la escena social de su tiempo al revés de lo que aconteciera con Marx, quien desde Londres supo abstraerse de esa determinación cae por eso mismo en las redes ideológicas de las clases dominantes.

¿Cómo entender, si no es a partir de los problemas y limitaciones de una perspectiva irreparablemente nortatlántica, y no sólo eurocéntrica, la radical negación del papel jugado por dos instituciones cruciales que organizan, monitorean y supervisan día a día el funcionamiento del imperio el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial apenas mencionadas en las casi quinientas páginas del libro? 1. Apenas seis cuartillas se reservan para el análisis de las corporaciones transnacionales, actores estratégicos de la economía mundial, sólo la mitad de las que se dedican a temas supuestamente tan cruciales y urgentes como el "no lugar del poder". Las once páginas dedicadas a las contribuciones de Baruch Spinoza a la filosofía política, o las dieciséis destinadas a explorar los meandros del pensamiento de Foucault y su relevancia para comprender el orden imperial, difícilmente pueden parecer algo sensato para quien mira el mundo ya no desde el vértice del sistema imperial sino desde su base.

Por estas y muchas otras razones, Imperio es un libro intrigante, que combina algunas incisivas iluminaciones respecto de viejos y nuevos problemas con monumentales errores de apreciación e interpretación. No existe la menor duda de que sus autores están fuertemente comprometidos con la construcción de una buena sociedad y, más específicamente, de una sociedad comunista. Este compromiso aparece varias veces a lo largo del libro y merece nuestro más entusiasta apoyo. Sorprendentemente, sin embargo, y pese a la anterior toma de partido, el argumento de Imperio no se relaciona para nada con la gran tradición del materialismo histórico. La audacia que sus autores exhiben cuando, navegando en contra de la corriente de los prejuicios establecidos y el sentido común neoliberal de nuestra época, declaran su lealtad a los ideales comunistas "no somos anarquistas, sino comunistas" (p. 319), "la irrefrenable levedad y dicha de ser comunista" (p. 374) se desploma cual castillo de naipes cuando se encuentran ante la necesidad de explicar y analizar el orden imperial de nuestros días. En ese momento, la vaguedad teórica y política y la timidez toman el lugar de la osadía y la contundencia declamativas. En este sentido el contraste con otras obras sobre el tema (tales como *Accumulation on a World Scale*; *Empire of Chaos*; y la más reciente *Capitalism in the Age of Globalization*, de Samir Amin; o *The Long Twentieth Century* de Giovanni Arrighi; o *Year 501. The Conquest Continues* y *World Orders, Old and New* de Noam Chomsky; o *Production, Power, and World Order*, de Robert Cox; y las obras de Immanuel Wallerstein, *The Modern World System* y *After Liberalism*) es imposible de soslayar, y los resultados de tal comparación son para H&N sumamente desfavorables (Amin, 1974, 1992, 1997; Arrighi, 1995; Chomsky, 1993, 1994; Cox, 1987; Wallerstein, 1974, 1980, 1988, 1995).

Capítulo 2

La constitución del imperio

El libro comienza con una sección dedicada a "la constitución política del presente", la cual es presentada a continuación de un breve prefacio en el cual nuestros autores introducen la tesis principal del libro: un imperio ha emergido y el imperialismo ha terminado (p. 15) 2. Ahora bien: en la primera parte del libro el análisis del orden mundial comienza con un giro asombrosamente formalístico, al menos para un marxista, dado que la constitución del imperio es planteada en términos estrechamente jurídicos. A consecuencia del mismo el orden mundial aparece no como la organización internacional de los mercados, los estados nacionales y las clases dominantes bajo la dirección general de una verdadera burguesía internacional, sino bajo las estilizadas líneas de la organización formal del sistema de las Naciones Unidas. Este sorpresivo golpe inicial es luego acentuado cuando el intrigado lector comprueba que los instrumentos conceptuales utilizados por H&N para el examen de nada menos que el problema del orden mundial son tomados prestados de cajas de herramientas tan poco promisorias como las que detentan un conjunto de autores tan ajenos al materialismo histórico y tan poco útiles para un análisis profundo de este tipo de temas como Hans Kelsen, Niklas Luhmann, John Rawls y Carl Schmitt. Respaldados por autoridades tales como las mencionadas, causa poca sorpresa comprobar que los resultados de esta inicial incursión en el objeto de estudio estén muy lejos de ser satisfactorios. Por ejemplo, la abierta sobreestimación del papel de las Naciones Unidas en el así llamado orden mundial conduce a nuestros autores a observaciones tan inocentes o ingenuas como la siguiente:

"...pero también deberíamos reconocer que la noción de derecho, definida por la Carta de las Naciones Unidas, también apunta hacia una nueva fuente positiva de producción jurídica, efectiva en una escala global: un nuevo centro de producción normativa que puede desempeñar un papel jurídico soberano" (p. 22).

H&N parecerían ignorar que las Naciones Unidas no son lo que aparentan ser. De hecho, por su burocratismo y naturaleza elitista, son una organización destinada a respaldar los intereses de los grandes poderes imperialistas, y muy especialmente los de los Estados Unidos. La "producción jurídica" efectiva de la ONU es de muy poca sustancia e impacto cuando se trata de temas o asuntos que contradigan los intereses de los Estados Unidos y/o de sus aliados. Nuestros autores parecerían sobreestimar el papel muy marginal jugado por la Asamblea General de las Naciones Unidas, donde los votos de Gabón y Sierra Leona igualan a los de los Estados Unidos y el Reino Unido. La mayoría de las resoluciones de la Asamblea General se reducen a letra muerta a menos que sean activamente apoyadas por la potencia hegemónica y sus asociados. La "guerra humanitaria" en Kosovo, por ejemplo, fue llevada a cabo en nombre de las Naciones Unidas pero sorteando por completo la autoridad tanto del Consejo de Seguridad como de la Asamblea General. Washington decidió que era necesaria una intervención militar y eso fue lo que ocurrió. Naturalmente, nada de esto tiene la menor relación con la producción de una ley universal o, como confiaba Kelsen, con el surgimiento de un "esquema trascendental de la validez del derecho situado por encima del estado nación" (p. 23). La naturaleza imperialista de las Naciones Unidas "realmente existentes", no la imaginada por nuestros autores, es suficiente para probar la incurable debilidad de su afirmación cuando dicen que

"...éste es el verdadero punto de partida de nuestro estudio del imperio: una nueva noción del derecho o, más bien, una nueva inscripción de la autoridad y un nuevo diseño de la producción de normas e instrumentos legales de coerción que garantizan los contratos y resuelven los conflictos" (p. 26).

Esta visión fantástica y candorosa a la vez de un sistema internacional supuestamente postcolonial y postimperialista alcanza su clímax cuando se dice que "todas las intervenciones de los ejércitos imperiales responden a la demanda de una o varias de las partes implicadas en un conflicto ya existente" (p. 31); o cuando H&N sostienen que "la primera tarea del imperio es pues ampliar el espacio de los consensos que respaldan su poder" (p. 31); o cuando aseguran a los ya por entonces atónitos lectores que la intervención del imperio no es ya más "legitimada por el derecho sino por el consenso" a fin de intervenir "en el nombre de principios éticos superiores" tales como, por ejemplo, "los valores esenciales de justicia". ¿Será tal vez la intervención "humanitaria" en la ex Yugoslavia lo que nuestros autores tienen in mente? En efecto, como se verá enseguida. De esta manera, este increíble nonsense les permite concluir que bajo el imperio "el derecho de policía queda legitimado por valores universales" (p. 33). Es sumamente ilustrativo que una tesis tan radical como ésta sea respaldada por la evidencia que suministran dos referencias bibliográficas que aluden a la literatura convencional en relaciones internacionales y cuyo sesgo derechista es evidente aún para el lector menos informado. La voluminosa bibliografía sobre el tema del intervencionismo imperialista producida, por ejemplo, en América Latina por autores tales como Pablo González Casanova, Agustín Cueva, Ruy Mauro Marini, Gregorio Selser, Gerard Pierre Charles, Eduardo Galeano, Theotonio dos Santos, Juan Bosch, Helio Jaguaribe, Manuel Maldonado Denis,

El segundo capítulo de esta primera sección se dedica a la producción biopolítica. Hardt y Negri abren el mismo con una loable intención: superar las limitaciones del formalismo juricista con el que iniciaron su derrotero intelectual descendiendo, según sus propias palabras, a las condiciones materiales que sustentan el entramado legal e institucional del imperio. El objetivo es "descubrir los medios y las fuerzas que producen la realidad social, así como las subjetividades que la animan" (p. 37). Lamentablemente, tan bellos propósitos quedan en el plano puramente declamativo dado que a poco andar el lector comprueba cómo las invocadas condiciones materiales "se disuelven en el aire", para utilizar la conocida metáfora de Marx y Engels en el Manifiesto, y algunas venerables ideas de las ciencias sociales reaparecen con fuerza pero presentadas como si fueran el último "descubrimiento" de la rive gauche parisina o del Greenwich Village neoyorkino. La teorización de Foucault sobre la transición a la sociedad de control, por ejemplo, gira en torno a la supuestamente novísima noción de que "el biopoder es una forma de poder que regula la vida social desde su interior", o de que "la vida ha llegado a ser (...) un objeto de poder" (p. 38).

No llevaría demasiado tiempo encontrar en la dilatada tradición política occidental, que arranca cuando menos en el siglo V antes de Cristo en Grecia, afirmaciones sorprendentemente similares a lo que hoy se denomina, con la pompa que se supone debe rodear todo avance científico, el "biopoder". Una rápida ojeada a la literatura no podría dejar de hallar decenas de citas de autores tales como Platón, Rousseau, Tocqueville y Marx, para mencionar apenas a los más obvios, que remiten exactamente a algunas de las "grandes novedades" producidas por las ciencias sociales a finales del siglo XX. La insistencia de Platón en los aspectos psicosociales que él resumía bajo la denominación de "el carácter de los individuos" que regulaban la vida social y política de la polis ateniense es conocida por todos, tanto como la del joven Marx sobre el tema de "la espiritualización del dominio" de la burguesía por parte de las clases explotadas. Fue Rousseau, a su turno, quien señaló la importancia del proceso por el

cual los dominados eran inducidos a creer que la obediencia era un deber moral, lo que hacía que la desobediencia y la rebelión fuesen causas de graves conflictos a nivel de las conciencias individuales. En resumen, para H&N, demasiado deslumbrados por las innovaciones teóricas de Foucault un autor que sin duda merece nuestro respeto podría ser altamente educativo leer lo que un siglo y medio antes, por ejemplo, había escrito Alexis de Tocqueville: "cadenas y verdugos, éstos eran los instrumentos que empleaba antaño la tiranía; pero en nuestros días la civilización ha perfeccionado hasta el despotismo, que parecía no tener ya nada que aprender". Y continúa diciendo que el tirano de antaño "para llegar al alma, hería groseramente el cuerpo; y el alma, escapando de sus golpes, se elevaba gloriosamente por encima de él"; la moderna tiranía, en cambio, "deja el cuerpo y va derecho al alma" (Tocqueville, 1957: p. 261). Este paso desde las cadenas y los verdugos a la manipulación individual y el control ideológico y conductual ha sido rebautizado por Foucault como la transición desde la sociedad disciplinaria a la sociedad de control. Pero, como sabemos, una cosa es bautizar o rebautizar a una criatura y otra bien distinta es descubrirla. En este caso, la criatura ya había sido descubierta y tenía nombre. Lo que con su reconocida habilidad hizo Foucault fue otorgarle uno nuevo (y bien atractivo) a lo que ya todos conocían, pero de ninguna manera puede decirse que estamos en presencia de una innovación teórica fundamental.

La primera sección del libro concluye con un capítulo dedicado nada menos que a las alternativas dentro del imperio. El capítulo comienza con una afirmación tan radical como desconcertante: fue la multitud la que dio nacimiento al imperio (p. 56). Contrariamente a las interpretaciones más corrientes en el seno de la izquierda, según H&N el imperio no sería la creación de una coalición mundial de los capitalistas hegemónica por la burguesía norteamericana sino la respuesta ¿defensiva? del capital ante las luchas de clases contra las formas contemporáneas de dominación y opresión alimentadas por "el deseo de liberación de la multitud" (p. 56). Llegados a este punto H&N ingresan a un terreno plagado de contradicciones: insisten en que el imperio es bueno dado que representa "un paso adelante" en la superación del colonialismo y el imperialismo si bien, Hegel mediante, aseguran que el hecho de que el imperio "sea bueno en sí mismo no significa que sea bueno para sí mismo" (p. 56). Y prosiguen: "sostenemos que el imperio es mejor del mismo modo que Marx sostenía que el capitalismo es mejor que las formas de sociedad y los modos de producción anteriores a él" (p. 56). Sin embargo, pocas líneas más arriba nuestros autores habían dicho que el imperio "construye sus propias relaciones de poder basadas en la explotación que son, en muchos sentidos, más brutales que aquellas que destruyó" (p. 56). Pese a lo anterior el imperio es "mejor" porque se afirma que incrementaría el potencial de liberación de la multitud, un supuesto para nada confirmado por la experiencia y que en el caso de H&N se encuentra rodeado por un denso halo metafísico y, en cierto sentido, religioso, tal como podremos comprobar en las páginas finales de este trabajo. Dónde se encuentra ese dichoso potencial liberador y cómo podrían actualizarse tan promisorias posibilidades es algo que nuestros autores se reservan para explicar, de modo escueto e insatisfactorio, en el último capítulo del libro.

Por otra parte, decir que el imperio es "mejor" significa que el actual orden capitalista mundial y esto es precisamente el imperio es algo distinto al capitalismo. El argumento de Marx se refería a dos diferentes modos de producción, y comparaba las posibilidades y perspectivas abiertas por el capitalismo con las que ofrecía la descomposición del feudalismo. ¿Estarán tal vez nuestros autores queriendo decir que el imperio significa la superación del capitalismo? ¿Será que lo habremos trascendido, sin que nadie haya reparado en este fabuloso tránsito histórico? ¿Nos encontramos ahora en una nueva y mejor sociedad, con renovadas posibilidades para las prácticas liberadoras y emancipadoras?

Nos parece que H&N construyen un hombre de paja, el izquierdista irracional e inmutable, que frente a los desafíos planteados por la globalización insiste en oponer una resistencia local a un proceso que es por su naturaleza global. Local significa, en la mayoría de los casos, "nacional", pero esta distinción es irrelevante en sus análisis. La resistencia local, dicen, "identifica mal al enemigo y, por lo tanto, lo enmascara". Pues bien, dado que H&N quieren hablar de política en serio y sin que esto sea una concesión siquiera formal a Schmitt sino, en todo caso, a Clausewitz, Lenin y Mao ¿quién es el enemigo? La respuesta no podría haber sido más decepcionante puesto que se nos dice que "el enemigo es un régimen específico de relaciones globales que llamamos imperio" (p. 58). Las luchas nacionales oscurecen la visión de los mecanismos reales del imperio, de las alternativas existentes y de los potenciales liberadores que se agitan en su seno. De este modo, las masas oprimidas y explotadas del mundo son convocadas para una batalla final contra un régimen de relaciones globales. El entrañable Don Quijote reaparece una vez más, luego de varios siglos de descanso, para arremeter en contra de los nuevos molinos de viento mientras los sórdidos molineros, al margen de la furia de la multitud, continúan haciendo sus negocios, gobernando sus países y manipulando la cultura.

H&N ven al imperio como la superación histórica de la modernidad, época sobre la cual ellos tienen una visión un tanto distorsionada. En efecto, la modernidad dejó un legado de "guerras fratricidas, de "desarrollo" devastador, una "civilización" cruel y una violencia nunca antes imaginada" (p. 58). La escena que nos presenta la modernidad es de naturaleza trágica, signada por la presencia de "campos de concentración, las armas nucleares, las guerras genocidas, la esclavitud, el apartheid", y de la modernidad H&N deducen una línea recta que conduce sin mediaciones al estado-nación. Éste no es otra cosa que la "condición ineludible para la dominación imperialista e innumerables guerras", y si ahora una aberración como esa "está desapareciendo del escenario mundial, ¡de buena nos libramos!" (p. 59).

Hay varios problemas con esta peculiar interpretación de la modernidad: en primer lugar, el error consistente en aportar una lectura extremadamente unilateral y sesgada de la misma. H&N tienen razón cuando enumeran algunos de los horrores producidos por la modernidad (o, tal vez, "en" la modernidad y no necesariamente a causa de ella), pero en el camino se les olvidan algunos otros resultados de la misma, tales como el florecimiento de las libertades individuales; la relativa igualdad establecida en los terrenos económicos, políticos y sociales al menos en los capitalismo desarrollados; el sufragio universal y la democracia de masas; el advenimiento del socialismo, pese a la frustración que ocasionaran algunas de sus experiencias concretas como la soviética; la secularización y el estado laico, que emancipara a grandes masas de la tiranía de la tradición y la religión; la racionalidad y el espíritu científico; la educación popular; el progreso económico y muchos otros logros más. Éstos también forman parte de la herencia de la modernidad, no tan sólo las atrocidades que señalan nuestros autores y muchos de estos logros fueron obtenidos gracias a las luchas populares, y en ardua oposición a las burguesías. En segundo lugar, ¿creen realmente H&N que antes de la modernidad no existía ninguna de las lacras y aberraciones que plagaron al mundo moderno? ¿Creen acaso que el mundo de verdad estaba poblado por los buenos salvajes rousseauianos? ¿No se sitúan en la misma posición que los beatíficos críticos de Niccoló Machiavelli que denunciaron al teórico florentino por ser el "inventor" de los crímenes políticos, la traición y el engaño? ¿No oyeron hablar de las Guerras Púnicas o las del Peloponeso, de la destrucción de Cartago, del saqueo de Roma y, más recientemente, de la conquista y ocupación del continente americano? ¿Creen acaso que antes de la modernidad no había genocidios, apartheid y esclavitud? Como bien recordaba Marx, padecemos tanto el desarrollo del capitalismo como la ausencia de su desarrollo.

En todo caso, una vez que afirman la continuidad histórica y sustantiva entre la modernidad y el estado-nación, H&N se apresuran a rechazar el anticuado "internacionalismo proletario" debido a que éste supone el reconocimiento del estado-nación y su papel crucial como agente de la explotación capitalista. Dada la ineluctable decadencia de los poderes del estado-nación y la naturaleza global del capitalismo, este tipo de internacionalismo es completamente anacrónico a la vez que técnicamente reacciona río. Pero esto no es todo: junto con el "internacionalismo proletario" también desaparece la idea de la existencia de un "ciclo internacional de luchas". Las nuevas luchas, cuyos ejemplos paradigmáticos son la revuelta de la Plaza de Tiananmén, la Intifada, los disturbios raciales de Los Angeles en 1992, el levantamiento zapatista de 1994, las huelgas ciudadanas francesas de 1995 y las huelgas surcoreanas de 1996, fueron específicas y motivadas:

"por preocupaciones regionales inmediatas, de modo tal que, desde ningún punto de vista, pueden vincularse entre sí como una cadena de sublevaciones que se expanden globalmente. Ninguno de esos acontecimientos inspiró un ciclo de luchas, porque los deseos y necesidades que expresaban no podían trasladarse a contextos diferentes" (p. 65).

A partir de tan rotunda aseveración que por cierto merecería

un cierto esfuerzo para aportar alguna evidencia probatoria nuestros autores anuncian una nueva paradoja: "en nuestra tan celebrada era de las comunicaciones, las luchas han llegado a ser casi incomunicables" (p. 65, bastardillas en el original). Las razones de esta incomunicabilidad permanecen en las sombras, pero nadie debería desanimarse ante esta imposibilidad de comunicación horizontal de los rebeldes pues, en realidad, se trata de una bendición y no de una desgracia. Bajo la lógica del imperio H&N tranquilizan a sus impacientes lectores diciéndoles que esas luchas viajarán verticalmente al nivel global atacando la constitución imperial en su núcleo o, lo que denominan con un significativo desliz, saltando verticalmente "al centro virtual del imperio" (p. 68).

Aquí aparecen nuevos y más formidables problemas acechando el argumento de los autores. En primer lugar los que se derivan de la peligrosísima confusión entre supuestos axiomáticos y observaciones empíricas. Decir que las luchas populares son incomunicables es una afirmación sumamente importante, pero lamentablemente H&N no ofrecen ningún antecedente como para discernir si se trata de una mera suposición o del resultado de una indagación histórica o de una investigación empírica. Ante ese silencio existen sobradas razones para sospechar que esa problemática refleja la poco saludable influencia de Niklas Luhmann y Jürgen Habermas sobre Hardt y Negri. No es necesario hurgar demasiado en las nebulosas conceptuales de los académicos alemanes para concluir en la escasa utilidad que sus construcciones tienen a la hora de analizar la dinámica de las luchas populares, lo cual no impide que tanto uno como el otro sean extremadamente populares en los desorientados rangos de la izquierda italiana. En este sentido, los planteamientos luhmannianos de la incommensurabilidad de lo social y los de Habermas en relación a la acción comunicativa parecen haber gravitado grandemente en la construcción de H&N, por lo menos en un grado mucho mayor de lo que ellos están dispuestos a reconocer. Pero dejando de lado este breve excursus hacia el terreno de la sociología del conocimiento, si la incomunicabilidad de las luchas impide inflamar los deseos y las necesidades de los pueblos de otras latitudes, ¿cómo explicar la relampagueante velocidad con la cual el movimiento mal llamado "antiglobalización" se difundió por todo el mundo? ¿Creen realmente H&N que los eventos de Chiapas, París y Seúl fueron en verdad incomunicables? ¿Cómo ignorar que los zapatistas, y muy especialmente el subcomandante Marcos, se convirtieron en íconos internacionales de los

críticos de la globalización neoliberal y de las luchas anticapitalistas en los cinco continentes, influenciando de ese modo importantes desarrollos de las luchas locales y nacionales?

En segundo término, H&N sostienen que uno de los principales obstáculos que impiden la comunicabilidad de las luchas es la "ausencia del reconocimiento de un enemigo común contra el cual se dirigen todas esas luchas" (p. 67). No sabemos si éste fue o no el caso entre los huelguistas franceses o surcoreanos, pero sospechamos que ellos seguramente tendrían algunas ideas más claras que las de nuestros autores acerca de quiénes eran sus antagonistas. En lo que a la experiencia de los zapatistas se refiere, la tesis de H&N es completamente equivocada. Desde el primer momento de su lucha los chiapanecos no tuvieron duda alguna y sabían perfectamente bien, mucho mejor que nuestros autores, quiénes eran sus enemigos. Conscientes de esta realidad organizaron un evento a todas luces extraordinario en las profundidades de la Selva Lacandona: una conferencia internacional en contra de la globalización neoliberal, a la cual acudieron cientos de participantes procedentes de los más diversos rincones de la tierra para discutir algunos de los problemas más candentes del momento actual. La capacidad demostrada por los zapatistas para citar a una conferencia de este tipo refuta, en la práctica, otra de las tesis de H&N cuando postulan la inexistencia de un lenguaje común idóneo para traducir el utilizado en las diversas luchas nacionales en otro lenguaje común y cosmopolita (p. 67). Las sucesivas conferencias que tuvieron lugar en la Selva Lacandona, más la interminable serie de manifestaciones contrarias a la globalización neoliberal y la realización de los dos foros sociales mundiales en la ciudad de Porto Alegre, demuestran que, contrariamente a lo que se aduce en Imperio, existen un lenguaje común y una comprensión común entre las diferentes luchas que se entablan en todo el mundo en contra de la dictadura del capital.

Si las antiguas luchas ya no tienen relevancia (el viejo topo de Marx ha muerto, nos aseguran H&N, para ser reemplazado por las infinitas ondulaciones de la serpiente posmoderna), la estrategia de las luchas anticapitalistas tiene que cambiar. Los conflictos nacionales ya no se comunican horizontalmente pero sal tan directamente al centro virtual del imperio, y los viejos "eslabones más débiles" de la cadena imperialista han desaparecido. No existen ya las articulaciones del poder global que exhiban una particular vulnerabilidad a la acción de las fuerzas insurgentes. Por consiguiente, "para poder adquirir significación, toda lucha debe golpear en el corazón del imperio, en su fortaleza" (p. 69). Sorprendentemente, luego de haber argumentado en el prefacio del libro que el imperio "es un aparato descentrado y desterritorializador de dominio" (p. 14), el lector se tropieza ahora con la novedad de que las luchas locales y nacionales deben elevarse al centro del imperio, aunque nuestros autores se apresuran a aclarar que no se trata de un centro territorial sino, supuestamente, virtual. Dado que el imperio incluye todos los registros del orden social, hasta los más profundos, y habida cuenta que no tiene límites ni fronteras, las mismas nociones de "afuera" y "adentro" perdieron todo su sentido. Ahora todo se encuentra dentro del imperio, y su mismo núcleo, su corazón, puede ser atacado desde de cualquier parte. Si hemos de creer a H&N, el levantamiento zapatista en Chiapas, las invasiones de tierras del Movimiento de Trabajadores sin Tierra (MST) brasileño, o las movilizaciones de los caceroleros y piqueteros en la Argentina, no son de un orden distinto al de los atentados del 11 de septiembre del 2001 en Nueva York y Washington. ¿Será efectivamente así? A juzgar por las reacciones de distinto tipo provocadas por todos estos acontecimientos, parece que no es precisamente ésa la visión que se tiene desde "el corazón del imperio". Por otra parte, ¿cuál es el sentido que debemos asignarle a esta expresión? ¿Se está hablando del núcleo capitalista, el centro, la coalición imperialista con su amplia red de círculos concéntricos girando en torno al poder capitalista norteamericano, o qué? ¿Quiénes son los sujetos concretos del "corazón del imperio"? ¿Dónde se encuentran,

cuál es su articulación con los procesos de producción y circulación de la economía capitalista internacional, qué instituciones coagulan normativa e ideológicamente su dominio, quiénes son sus representantes políticos? ¿O se trata tan sólo de un conjunto de reglas y procedimientos inmateriales? No sólo el libro no ofrece ninguna respuesta a estas preguntas, sino que ni siquiera se las formula.

A estas alturas la teorización de H&N se encamina hacia un verdadero desastre, debido a que al postular que todo se encuentra adentro del imperio remueve completamente de nuestro horizonte de visibilidad el hecho de que precisamente allí existen jerarquías y asimetrías estructurales, y que tales diferencias no se cancelan declarando que todo está dentro del imperio y que nada queda afuera de él. Los estudios que los latinoamericanos han hecho sobre el imperialismo durante décadas parecen coincidir, más allá de sus diferencias, en el hecho de que las categorías de "centro" y "periferia" gozan de una cierta capacidad para, al menos en un primer momento, producir una visión más refinada del sistema internacional. Todo parece indicar que tal distinción es más útil que nunca en las circunstancias actuales, entre otras cosas porque la creciente marginalización económica del Sur acentuó extraordinariamente las asimetrías preexistentes. Basta para confirmar este aserto con recordar lo que periódicamente vienen señalando los informes anuales del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sobre el desarrollo humano: si a comienzos de los años sesenta la distancia que separaba al 20% más rico de la población mundial del 20% más pobre era de 30 a 1, a finales del siglo XX esa razón había crecido a casi 75 a 1. Es cierto que Bangladesh y Haití se encuentran al interior del imperio, ¿pero se hallan por eso en una posición comparable a la de los Estados Unidos, Francia, Alemania o Japón? Si bien no son idénticos desde el punto de vista de la producción y circulación capitalistas, entre "Estados Unidos y Brasil, Gran Bretaña y la India" anotan H&N "no hay diferencias de naturaleza, sólo diferencias de grado" (p. 307).

Esta rotunda conclusión cancela los últimos cuarenta años de debates e investigaciones que tuvieron lugar no sólo en América Latina sino también en el resto del Tercer Mundo, y nos retrotrae a las teorías norteamericanas en boga en los años cincuenta y comienzos de los sesenta, cuando autores como Walter W. Rostow, Bert Hoselitz y muchos otros elaboraban sus modelos ahistóricos de desarrollo económico. De acuerdo con estas construcciones, tanto en la Europa del siglo XIX como en los Estados Unidos de esa misma época y en los procesos históricos habidos a media del siglo XX en América Latina, Asia y África, el crecimiento económico había seguido una ruta lineal y evolucionista que comenzaba en el subdesarrollo y culminaba en el desarrollo. Este razonamiento se asentaba sobre dos falsos supuestos: primero, que las sociedades localizadas en ambos extremos del continuo compartían la misma naturaleza y eran, en lo esencial, lo mismo. Sus diferencias, cuando existían, eran de grado, como luego dirían H&N, lo cual era y es a todas luces falso. Segundo supuesto: la organización de los mercados internacionales carecía de asimetrías estructurales que pudieran afectar las chances de desarrollo de las naciones de la periferia. Para autores como los arriba mencionados, términos tales como "dependencia" o "imperialismo" no servían para describir las realidades del sistema y eran antes que nada un tributo a enfoques políticos, y por lo tanto no científicos, con los cuales se pretendía comprender los problemas del desarrollo económico. Los llamados "obstáculos" al desarrollo no tenían fundamentos estructurales, sino que eran el producto de torpes decisiones políticas, de elecciones desafortunadas de los gobernantes o de factores inerciales fácilmente removibles. En los términos utilizados por H&N, todos estaban "adentro" del sistema.

En este imaginario regreso al pasado cabe recordar lo siguiente. A comienzos de la década de los setenta el debate latinoamericano sobre la dependencia, el imperialismo y el

neocolonialismo había llegado a su apogeo, y sus resonancias atronaban en la academia y los medios políticos norteamericanos. El impacto del mismo era de tal magnitud que Henry Kissinger, a la sazón jefe del Consejo Nacional de Seguridad y en ruta hacia su cargo como secretario de Estado de Richard Nixon, consideró necesario intervenir en más de una ocasión en las discusiones y debates suscitados por los latinoamericanos. La tesis de H&N sobre la diferenciación de las naciones al interior del imperio evoca un cínico comentario que Kissinger hiciera sobre este tema. Manifestando su rechazo a la idea de la dependencia económica de las naciones del Tercer Mundo y cuestionando la extensión e importancia de las asimetrías estructurales en la economía mundial, Kissinger observó que "hoy todos somos dependientes. Vivimos en un mundo interdependiente. Los Estados Unidos dependen de las bananas hondureñas tanto como Honduras depende de las computadoras norteamericanas" 4. Como puede concluirse muy fácilmente, algunas de las afirmaciones expresadas con tanta contundencia en Imperio por ejemplo que no hay más diferencias entre el centro y la periferia del sistema, que no hay más un "afuera", que los actores tienen una mera diferencia de grado, etc. están lejos de ser novedosas y habían sido puestas en circulación por teóricos reconocidamente afiliados a la derecha, que oponían una teoría de la "interdependencia" a la dependencia y el imperialismo, y que rehusaban aceptar que la economía internacional se caracterizaba por la radical asimetría que separaba a las naciones del centro de aquellas de la periferia del sistema.

H&N concluyen esta sección del libro introduciendo el águila de dos cabezas que simbolizaba el antiguo Imperio Austro Húngaro como un emblema conveniente para el actual imperio. Sin embargo, para este caso una pequeña reforma parece conveniente dado que las dos cabezas tendrán que mirar hacia adentro, como si estuvieran a punto de atacarse una a la otra. La primera cabeza del águila imperial representa la estructura jurídica y no el fundamento económico del imperio. Tal como lo hemos comentado, hay muy poco de economía política en este libro, y la ausencia de incluso la más elemental mención a la estructura económica del imperio en lo que se postula como su imagen emblemática revela los extraños senderos por los cuales se han internado nuestros autores y en los cuales han perdido definitivamente el rumbo. Es por eso que la segunda cabeza del águila, que mira fijamente a la que representa el orden jurídico del imperio, simboliza "la multitud plural de las subjetividades productivas y creativas de la globalización" (p. 70). Esta multitud es la verdadera

"...fuerza absolutamente positiva que impulsa al poder dominante hacia una unificación abstracta y vacía y se presenta como una alternativa distinta de tal unificación. En esta perspectiva, cuando el poder constituido del imperio aparece mera mente como una privación del ser y la producción, como un indicio abstracto y vacío del poder constitutivo de la multitud, estamos en condiciones de reconocer el verdadero punto de vista de nuestro análisis" (p. 72).

Conclusión: los interesados en explorar las alternativas al imperio encontrarán muy poca ayuda en esta sección del libro. Lo que hallarán es un certificado de defunción para el arcaico "internacionalismo proletario" (sin la menor mención al nuevo internacionalismo que irrumpe con fuerza desde Seattle) 5; una petición de principios en el sentido de que las luchas populares son incomunicables y que carecen de un lenguaje común; un embarazoso silencio en relación con el enemigo concreto con quien se enfrenta la omnipotente multitud o, en el mejor de los casos, una desmovilizadora vaguedad ("un régimen de relaciones globales"); la desaparición de los "eslabones más débiles" y de la distinción entre centro y periferia; y que la vieja distinción entre estrategia y táctica ha periclitado porque ahora sólo existe un modo de luchar contra el imperio, estratégico y táctico a la vez, y ese modo es el alzamiento de un contrapoder constituyente que emerge de su seno, algo difícil de entender a la luz del rechazo

que H&N hacen de la dialéctica. La única lección que se puede aprender es que debemos tener confianza en que la multitud irá finalmente a asumir las tareas asignadas por H&N. Cómo y cuándo esto vaya a ocurrir escapa por completo a las preocupaciones objeto de atención en el libro. No hay una discusión sobre las formas de lucha; los modelos organizacionales (asumiendo, como lo hacen los autores, que partidos y sindicatos son cadáveres ilustres); las estrategias de movilización y las tácticas de enfrentamiento; la articulación entre las luchas económicas, políticas e ideológicas; los objetivos de largo plazo y la agenda de la revolución; los instrumentos de política a ser utilizados para poner fin a las iniquidades del capitalismo global; las alianzas internacionales; los aspectos militares de la subversión promovida por la multitud; y muchos otros temas de similar trascendencia. Tampoco hay una tentativa de vincular la actual discusión post moderna sobre la empresa subversiva de las multitudes con los debates previos del movimiento obrero y de las fuerzas contestatarias en general, como si la fase en que nos hallamos no hubiera surgido del desenvolvimiento de las luchas sociales del pasado y hubiera brotado, en cambio, de la cabeza de los filósofos. Lo que sí encontramos en esta parte del libro es una vaga exhortación a confiar en las potencialidades transformativas de la multitud la cual, de manera misteriosa e imprevisible, un buen día doblegará todas las resistencias y bloqueos, someterá a sus enemigos para... ¿Para hacer qué, para construir qué tipo de sociedad? Bien, sus mentores intelectuales aún no nos lo dicen.

Capítulo 3

Mercados, empresas transnacionales y economías nacionales

La cándida aceptación que Hardt y Negri hacen de un aspecto crucial de la ideología del mercado mundial retrata de manera clarísima las consecuencias de su radical incompreensión del capitalismo contemporáneo. Inexplicablemente empeñados con el mito nada inocente de que los estados nacionales están próximos a su completa desaparición, nuestros autores hacen su ya como si fuera la verdad revelada por un profeta la opinión del ex secretario de Trabajo de los Estados Unidos, Robert Reich, cuando escribió que

"...puesto que casi todos los factores de producción el dinero, la tecnología, las fábricas y los equipamientos cruzan sin es fuerzo las fronteras, la idea misma de una economía [nacional] va perdiendo sentido... [En el futuro] no habrá productos o tecnologías nacionales, ni empresas nacionales, ni industrias nacionales. Ya no habrá economías nacionales al menos en el sentido en que comprendemos hoy ese concepto" (p. 147).

Cuesta creer que un intelectual del calibre de Toni Negri, quien en el pasado demostró un fuerte interés en los estudios económicos, pueda citar una opinión como la precedente. Primero que nada, Reich astutamente habla de "casi todos los factores de la producción", una manera elegante de evitar referirse al hecho embarazoso de que hay otro factor crucial de la producción, la fuerza de trabajo, que "no cruza sin esfuerzos las fronteras". Esta creencia en la libre movilidad de los factores productivos se encuentra en el núcleo fundamental de la ideología empresarial norteamericana, empeñada como está en embellecer las supuestas virtudes de los mercados libres al paso que se condena cualquier tipo de intervención estatal que no favorezca a los mono polios y oligopolios o que introduzca siquiera un mínimo grado de control popular o democrático en los procesos económicos. H&N parecen ignorar, desde su plataforma en la estratósfera, que Reich fue el secretario de Trabajo en un gobierno que presidió uno de los períodos más dramáticos de reconcentración de ingresos y riquezas en toda la historia de los Estados Unidos, cuando los asalariados vieron desmantelar algunas de las piezas más importantes de la legislación laboral, y la precarización llegó a ni veles sin precedentes no sólo en los distritos rurales de Alabama y California sino también en el Upper West Side de Manhattan, donde cientos de negocios elegantes reclutaban inmigrantes in documentados para atender a sus clientes pagando salarios que se encontraban muy por debajo del mínimo legal. Quizás nuestros dos académicos no pudieron percibir, desde el sereno confort de sus bibliotecas, que ninguno de estos inmigrantes ilegales transita sin esfuerzos por las fronteras norteamericana o francesa. La historia de estos inmigrantes es de violencia y muerte, de dolor y miseria, de sufrimientos y de humillaciones, y es una historia en la cual el actor crucial es el que H&N describen como el declinante estado-nación. Hubiera convenido que antes de escribir sobre estos temas los autores hubiesen entrevistado a algún trabajador indocumentado procedente de México, El Salvador o Haití para preguntarle qué significa la expresión "la migra", nombre de la policía migratoria de los Estados Unidos y cuya so la mención aterroriza a los inmigrantes; o que lo interroguen acerca de cuánto tuvo que pagar para ingresar ilegalmente a los Estados Unidos, cuántos de sus amigos murieron en el intento, o qué quiere decir la palabra "coyote" en la frontera californiana. ¿Oyeron hablar de los fallidos inmigrantes abandonados en el desierto fronterizo que mueren calcinados por el sol pero reconfortados por las palabras de Reich? ¿Pueden ignorar que la frontera mexicano-norteamericana cobró mayor número de víctimas humanas que el infame Muro de Berlín a lo largo de toda su existencia? Convendría también que preguntas similares les fueran

formuladas a los inmigrantes ilegales en Francia y el resto de Europa. Una rápida ojeada a algunos de los documentos del PNUD o de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) les hubieran ahorrado a H&N cometer errores mayúsculos como éste.

Claro que no es el único. Nuestros autores parecen creer que el dinero, la tecnología, las fábricas y el equipamiento también gozan de los favores de la ilimitada movilidad. El dinero es, sin duda, el más móvil de todos, pero aún así se encuentra sujeto a ciertas restricciones. No son sumamente estrictas pero existen. Pero, ¿qué pensar de la tecnología y todo el resto? ¿Creen de verdad que ella y los demás factores de la producción circulan tan libremente a través de la frontera como lo pregona Reich? ¿Cuál tecnología, en todo caso? ¿La de última generación? Eso es algo que hasta un niño de la escuela primaria ya sabe. Obviamente que la tecnología y sus productos circulan, pero la que se mueve con tantas libertades seguramente no es la última, ni la mejor. Los países del Tercer Mundo saben que pueden acceder sin problemas a tecnologías obsoletas, o semi-obsoletas, verdaderas reliquias ya abandonadas por las naciones que van a la cabeza del concierto industrial del planeta. Si las mejores tecnologías fluyeran como asegura el discurso empresarial, ¿por qué hay tantos casos de espionaje industrial, que involucra a la totalidad de los países industrializados? ¿Cómo explicar la piratería industrial, las imitaciones y copias ilegales de toda clase de tecnologías y productos?

La aceptación de algunos de los presupuestos centrales de los ideólogos de la globalización por parte de H&N es sumamente preocupante. Su creencia en la desaparición de los productos, empresas e industrias nacionales es absolutamente indefendible a la luz de la evidencia cotidiana que demuestra la vitalidad, sobre todo en los países más desarrollados, de tarifas aduaneras, barreras no arancelarias y subsidios especiales por los cuales los gobiernos buscan favorecer de mil maneras a sus productos nacionales, sus empresas y sus actividades económicas. Nuestros autores viven en países en los cuales el proteccionismo tiene una fortaleza extraordinaria, y sólo puede ser ignorado por quienes se empeñan en negar su existencia simplemente porque el mismo no tiene lugar en su teoría. El gobierno norteamericano protege a los habitantes de su país de la competencia externa de las frutillas mexicanas, los automóviles brasileños, los tubos sin costura de la Argentina, los textiles salvadoreños, las uvas chilenas y la carne uruguaya, mientras que del otro lado del Atlántico los ciudadanos europeos se encuentran seguramente protegidos por la "Fortaleza Europa" que, mientras pregona hipócritamente las virtudes del libre comercio, cierra herméticamente sus puertas a la "amenaza" originada por las vibrantes economías de África, América Latina y Asia.

Con relación a la declarada desaparición de las empresas nacionales, un simple test bastaría para demostrar el insanable equívoco de esa tesis. Por ejemplo, H&N deberían tratar de vencer a un gobierno amigo o a alguna multitud decidida a todo de que expropié la sucursal local de una firma "global" y, por lo tanto, supuestamente desenganchada de cualquier base nacional como por ejemplo Microsoft, McDonald's o Ford; o si prefieren, pueden indicar que se haga lo propio con el Deutsche Bank o Siemens, o con la Shell y Unilever. Luego sólo resta sentarse a esperar para ver quién aparece en la ciudad capital de tan audaz república para exigir una revisión de la medida. Si las empresas fuesen globales, correspondería que hiciera su aparición para presionar al gobierno local por su decisión en nombre de los mercados globales y la economía mundial el Sr. Kofi Annan, o el Director General de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Sin embargo, es muy probable que en vez de tales personajes aparezca el embajador de los Estados Unidos, o de Alemania, o del Reino Unido para exigir, con la rudeza e insolencia acostumbradas, la inmediata revisión de la decisión so pena de castigar al país con toda clase de sanciones y penalidades. Pero si este ejemplo hipotético

resultara demasiado rebuscado, H&N deberían preguntarse, por ejemplo, quién fue el representante de la Boeing Corporation en las duras negociaciones con los funcionarios de la Unión Europea en relación con la competencia comercial con el Airbus. ¿Creen que los intereses de la primera fueron defendidos por un descafeinado CEO nacido en Bangladesh y que realizó sus estudios de postgrado en Administración de Empresas en Chicago, o por los más altos funcionarios del gobierno norteamericano con la ayuda de su embajador en Bruselas actuando en directa comunicación con la Casa Blanca? En el mundo real, y no en la nebulosa república imaginada por los filósofos, lo último es lo que realmente ocurre, y esto lo sabe cualquier estudiante de Introducción a la Economía en el primer cuatrimestre de estudios de licenciatura a las dos semanas de iniciadas las clases.

¿Pueden H&N desconocer que las doscientas megacorporaciones que prevalecen en los mercados mundiales registran ventas por un total combinado mayor que el PBI de la totalidad de los países del planeta excepto los nueve mayores? Sus ingresos totales anuales alcanzan los 7,1 billones de dólares y son tan grandes como la riqueza combinada del 80% de la población mundial, cuyos ingresos apenas alcanzan los 3,9 billones. Pese a ello, estos gigantes leviantes de la economía mundial emplean a menos de un tercio del 1% de la población mundial (Barlow, 1998). La retórica de los ideólogos de la globalización neo liberal no alcanza a disimular el hecho de que el 96% de esas doscientas empresas globales y transnacionales tienen sus casas matrices en ocho países, están legalmente inscritas en los registros de sociedades anónimas de ocho países, y sus directorios tienen su sede en ocho países del capitalismo metropolitano. Menos del 2% de los miembros de sus directorios son extranjeros, mientras que más del 85% de todos los desarrollos tecnológicos de las firmas se originan dentro de sus "fronteras nacionales". Su alcance es global, pero su propiedad y sus propietarios tienen una clara base nacional. Sus ganancias fluyen de todo el mundo hacia su casa matriz, y los créditos necesarios para financiar sus operaciones mundiales son obtenidos convenientemente por sus casas centrales en los bancos de su sede nacional a tasas de interés imposibles de encontrar en los capitalismo periféricos, con lo cual pueden desplazar fácilmente a sus competidores (Boron, 1999: p. 233; Boron, 2000[b]: pp. 117123).

Noam Chomsky cita, por ejemplo, un informe reciente de la revista de negocios Fortune en la que se informa que, en una encuesta practicada entre las cien más grandes empresas transnacionales de todo el mundo, la totalidad de las firmas, sin una sola excepción, reconocieron haberse beneficiado de una manera u otra de las intervenciones hechas en su favor por los gobiernos de "sus países" y el 20% de ellas admitió que habían evitado la bancarrota gracias a los subsidios y los préstamos de rescate que les habían sido oportunamente concedidos por "sus gobiernos" (Chomsky, 1998; Kapstein, 1991/2). En suma: pese a lo afirmado por los autores de Imperio, los estados-nación todavía siguen siendo actores cruciales en la economía mundial, y las economías nacionales siguen existiendo.

SOBRE LA LÓGICA POSMODERNISTA DEL CAPITAL GLOBAL

En línea con el argumento desarrollado en la sección anterior, H&N afirman que con la constitución del imperio se produjo un profundo cambio en la lógica con la cual opera el capital global. La lógica que predomina en nuestros días es la del posmodernismo, con su énfasis en la exaltación de lo instantáneo, los perfiles siempre cambiantes de los deseos, el culto a la elección individual, "la adquisición perpetua y el consumo de mercancías y de imágenes mercantilizadas (...) la diferencia y la multiplicidad (...) el fetichismo y los simulacros, el

mostrarse continuamente fascinado con lo nuevo y con la moda" (pp. 147-148). Todo esto lleva a nuestros autores a concluir que las estrategias del marketing siguen una lógica posmoderna, puesto que aquél es una práctica empresarial orientada a maximizar las ventas a partir del reconocimiento y explotación comercial de las diferencias. A medida que las poblaciones se tornan cada vez más híbridas, las posibilidades de crear nuevos "mercados puntuales" proliferan inconteniblemente. La consecuencia es que el marketing despliega un infinito abanico de estrategias comerciales: "una para varones gay latinos de entre dieciocho y veintidós años, otra para adolescentes chino-americanas, etcétera" (p. 148).

Conscientes de que al pretender inferir la lógica global del capital desde las estrategias del marketing se encuentran en un terreno muy resbaladizo, H&N dan un paso al frente para asegurar que la misma lógica posmoderna es la que impera en el corazón de la economía capitalista: la esfera de la producción. Para ello se hacen eco de algunos desarrollos recientes en el campo de la administración de empresas en donde se afirma que las corporaciones tienen que ser "móviles, flexibles y capaces de tratar eficientemente con la diferencia" (p. 148). Como era previsible, la aceptación ingenua de estos supuestos avances en la "ciencia de la administración" en realidad, estrategias para potenciar la extracción de la plusvalía condujo a H&N a una visión completamente idealizada de las corporaciones globales de nuestros días. Estas aparecen como "mucho más diversificadas y fluidas culturalmente que las organizaciones modernas parroquiales de los años anteriores". Una consecuencia de esta mayor diversidad y fluidez se pone en evidencia en el hecho de que, según nuestros autores, "las antiguas formas modernas de la teoría racista y sexista son los enemigos explícitos de esta nueva cultura corporativa" (p. 149). Por ello, las empresas globales están ansiosas por incluir

"...las diferencias dentro de su ámbito y con ello apuntan a maximizar la creatividad, la espontaneidad y la diversidad dentro del ambiente laboral. Potencialmente, la gran empresa debería incluir a personas de todas las razas, sexos y orientaciones sexuales; la rutina diaria del lugar de trabajo debería rejuvenecerse en virtud de los cambios inesperados y una atmósfera de distensión. ¡Rompamos las viejas barreras y dejemos que florezcan cien flores!" (p. 149).

Luego de leer estas líneas uno no puede menos que preguntarse hasta qué punto las corporaciones son el hogar de relaciones de producción en donde se explota a los asalariados o si, por el contrario, no son verdaderos paraísos terrenales. No parece necesario ser un experto en el campo de la administración de empresas para concluir que la rosada descripción hecha por nuestros autores guarda poca relación con la realidad pues el sexismo, el racismo y la homofobia son prácticas que aún gozan de envidiable salud en la corporación global posmoderna. Quizás esta mejorada atmósfera empresarial tenga poco que ver con el hecho que, tal como lo reportara el *New England Journal of Medicine* durante el apogeo de la prosperidad norteamericana, "los varones negros en Harlem tenían menos probabilidades de llegar a la edad de 65 que los hombres en Bangladesh" (NEJM, 1990). H&N vuelven a caer recurrentemente en los sutiles lazos de la literatura empresarial y los ideólogos del libre mercado. Si fuéramos a aceptar sus puntos de vista ¡en realidad los puntos de vista de los gurúes de las escuelas de administración de empresas! todo el debate en torno al despotismo del capital en la empresa pierde su significación, lo mismo que las cada vez más intensas demandas a favor de la democratización de las firmas propuestas por teóricos de la talla de Robert A. Dahl en los últimos años (Dahl, 1995: pp. 134-135). Aparentemente, la tiranía estructural del capital se ha desvanecido en la medida en que los asalariados acuden a su trabajo no para ganarse el pan sino para entretenerse en un clima distendido y agradable que les permite expresar sus deseos sin ninguna clase de restricciones. Este retrato difícilmente se

reconcilie con las historias que reporta inclusive la prensa más vinculada al capital en relación a la extensión de la jornada de trabajo en la corporación global, el impacto devastador de la flexibilización laboral, la degradación del trabajo, la acrecentada facilidad para despedir trabajadores, la precarización del empleo, las tendencias hacia una reconcentración regresiva de los sueldos y salarios dentro de la firma, para no mencionar historias de horror tales como la explotación de los niños en muchas corporaciones globales.

Pareciera innecesario insistir ante dos autores que se identifican como comunistas y buenos lectores de Marx sobre el hecho de que la lógica del capital, sea global o nacional, poco tiene que ver con la imagería proyectada por los teóricos de las escuelas de negocios o por los eclécticos filósofos posmodernos. El capital se moviliza por una inexorable lógica de generación de ganancias, cualesquiera sean los costos sociales o ambientales que ésta demande. A fin de maximizar las ganancias e incrementar la seguridad de largo plazo el capital viaja por todo el mundo, y es capaz de establecerse prácticamente en cualquier lugar. Las condiciones políticas son un asunto de la mayor importancia, especialmente si se atiende a la necesidad de mantener a la fuerza de trabajo obediente y disciplinada. El chantaje empresarial también desempeña un papel muy importante, debido a que las firmas globales, con el apoyo de "sus gobiernos", procuran ser beneficiadas con concesiones extraordinarias hechas por los sedientos estados de la periferia empobrecida. Estas concesiones van desde generosas exenciones impositivas de todo tipo hasta la implantación de una legislación laboral contraria a los intereses de los trabajadores, o que desaliente la militancia sindical y debilite la acción de los sindicatos de izquierda capaces de perturbar la atmósfera normal de los negocios. En el mundo desarrollado, en cambio, las dificultades para desmontar las conquistas de los trabajadores y la legislación de avanzada sancionada en la época de oro del estado keynesiano son mucho mayores. Pero la imposibilidad de apelar a expedientes que faciliten la super-explotación de los trabajadores se compensa con el mayor tamaño de los mercados en sociedades en las cuales el progreso social creó una pauta de consumo de masas difícilmente disponible en los países de la periferia.

LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES Y EL ESTADO NACIÓN

El capítulo 14 del libro se dedica al tema de la constitución mixta del imperio. El mismo se abre, sin embargo, con un epigrama sorprendente que refleja la inusitada penetración de los prejuicios burgueses aún en las mentes de dos intelectuales tan lúcidos y cultos como Hardt y Negri. El epigrama en cuestión es una afirmación hecha no por un gran filósofo o por un distinguido economista. Tampoco la formula un estadista de renombre o un líder popular. Se trata de unas palabras pronunciadas por Bill Gates, y dicen lo siguiente:

"Uno de los aspectos maravillosos de la autopista de la información es que la equidad virtual es mucho más fácil de lograr que la equidad del mundo real (...) En el mundo virtual todos somos criaturas iguales".

Dos breves comentarios. En primer lugar, nadie comprende la razón por la cual un capítulo destinado a examinar los problemas de la constitución mixta del imperio comienza por una cita banal de Bill Gates sobre la supuesta equidad de las autopistas de la información. Tal vez porque citar a Gates se ha convertido en una moda entre algunos intelectuales progresistas de Europa y los Estados Unidos. El lector, aún el mejor predispuesto, no puede sino sentir un

molesto escozor ante este tributo pagado al hombre más rico del mundo y la personificación más genuina de un orden mundial que, supuestamente, H&N desean fervientemente cambiar.

Lo segundo, y aún más importante, es que Gates está equivocado, profundamente equivocado. No todos hemos sido creados igual en el mundo de la información y en el fantástico universo de la virtualidad. Seguramente Gates jamás trató con alguna de los tres mil millones de personas que en el mundo nunca hicieron o recibieron un llamado telefónico. Tanto él como Hardt y Negri deberían recordar que en países muy pobres, como Afganistán, por ejemplo, sólo cinco de cada mil personas tienen acceso a un teléfono. Esta figura, espeluznante, está lejos de ser exclusiva de ese país. En muchas áreas del sur de Asia, en África al sur del Sahara, y en algunas regiones muy atrasadas de América Latina y el Caribe, las cifras no son mucho mejores (Wresch, 1996). Para la mayoría de la población mundial los comentarios de Gates son una broma, cuando no un insulto a su miserable e inhumana condición.

Dejando de lado este desafortunado comienzo, el capítulo introduce una periodización del desarrollo capitalista que consta de tres fases: la primera, que se extiende a lo largo de los siglos XVIII y XIX, es un período de capitalismo competitivo caracterizado según H&N por "la necesidad relativamente escasa de intervención estatal, tanto en el interior de las grandes potencias como fuera de ellas" (p. 282). Para nuestros autores las políticas proteccionistas de Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, amén de las políticas imperialistas de expansión colonial promovidas e implementadas por los respectivos gobiernos nacionales, no califican para ser consideradas como "intervención estatal". De la misma manera, la legislación destinada a reprimir a los trabajadores sancionada con diferentes grados de intensidad en todos esos países durante un largo período histórico tampoco sería un ejemplo de intervención del estado en la vida económica y social. Téngase en cuenta que dichos cuerpos legales incluyen casos tan relevantes como la anticombination act de Inglaterra, la ley Le Chapelier en Francia, la legislación antisocialista del Canciller Bismarck en Alemania que condenó al exilio a miles de trabajadores, y las normas legales que hicieron posibles las prácticas brutalmente represivas en contra de los trabajadores en los Estados Unidos, emblemáticas en la matanza del 1º de mayo de 1886 en Haymarket Square, en Chicago. En su momento Gramsci formuló algunas muy precisas observaciones en torno a la "cuestión meridional" en las que demostraba que el complejo sistema de alianzas que hizo posible la unificación italiana descansaba sobre un conjunto de sofisticadas políticas económicas que permitían sostener, en los hechos, la coalición dominante. Fue este autor quien señaló el "error teórico" de las doctrinas liberales que celebraban la prescindencia del estado en relación al proceso de acumulación capitalista. En los Quaderni, Gramsci escribió que:

"el laissezfaire también es una forma de "regulación" estatal, introducida y mantenida por medios legislativos y coercitivos. Es una política deliberada, consciente de sus propios fines, y no la expresión espontánea y automática de los hechos económicos. Consecuentemente, el liberalismo del laissezfaire es un programa político" (Gramsci, 1971: p. 160).

La razón de este grueso error debe hallarse en la incapacidad de los escritores liberales para reconocer el hecho de que la distinción entre sociedad política y sociedad civil, entre economía y política, "es hecha y presentada como si fuera una distinción orgánica, cuando se trata de una distinción meramente metodológica" (Gramsci, 1971: p. 160). La "pasividad" del estado cuando el zorro ingresa al gallinero no puede ser concebida como la inacción propia de un actor neutral. Esa conducta se denomina complicidad o, en algunos casos, conspiración. Estos breves ejemplos son suficientes para comprobar que el saber convencional no tiene capacidad de proveer guías adecuadas para explicar algunos de los rasgos centrales del primer período

identificado por H&N. Y ciertamente la prescindencia estatal no fue uno de ellos. Es verdad que, por comparación a lo que habría de ocurrir en el período posterior a la Gran Depresión, los niveles de intervención estatal eran menores. Pero esto no significa que no hubiera intervención, o que la necesidad de la misma fuera mucho menor. Había, por el contrario, una gran necesidad de ella, y los diversos gobiernos burgueses respondieron adecuadamente a la misma. Naturalmente, luego de la Primera Guerra Mundial y la crisis de 1929 estas necesidades aumentaron extraordinariamente, pero ello no debería conducirnos a creer que con anterioridad a estas fechas el estado no jugó un papel de primer orden en la acumulación capitalista.

Pero el problema más serio con la interpretación de H&N surge cuando ellos se dirigen a la "tercera fase" en la historia del matrimonio entre el estado y el capital. En sus propias palabras:

"Hoy ha madurado plenamente una tercera fase de esta relación, en la cual las grandes compañías transnacionales han superado efectivamente la jurisdicción y la autoridad de los estados-nación. Parecería pues que esta dialéctica que ha durado siglos llega a su fin: ¡el estado ha sido derrotado y las grandes empresas hoy gobiernan la Tierra!(p. 283, bastardillas en el original).

Esta afirmación no sólo es errónea sino que también expone a nuestros autores a nuevos desaires. Preocupados por haber ido demasiado lejos en su entusiasmo antiestatista, advierten que es necesario "hacer un examen más minucioso del proceso mediante el cual cambió la relación entre el estado y el capital" (p. 283). Lo curioso del caso es que luego de escribir esta oración no procedieron con la misma convicción a borrar la anterior, con lo que se afirma la sospecha de que la primera representa bastante adecuadamente lo que piensan sobre el tema. Para ellos uno de los rasgos cruciales de la época actual es el desplazamiento de las funciones estatales y de las tareas políticas hacia otros niveles y dominios de la vida social. Revirtiendo el proceso histórico por el cual el estado-nación "expropió" las funciones políticas y administrativas hasta entonces retenidas por la aristocracia y los magnates locales, en esta tercera fase en la historia del capital tales tareas y funciones fueron reapropiadas por alguien más, ¿pero quién? No lo sabemos, porque en la argumentación de H&N se produce un significativo silencio llegado este punto. Comienzan de un modo axiomático aseverando que el concepto de soberanía nacional está perdiendo su efectividad, sin preocuparse por proveer algún tipo de referencia empírica que avale esta tesis; y lo mismo ocurre con la famosa tesis de la "autonomía de la política". Si en relación a la primera tesis la evidencia está completamente ausente, y todo lo que puede decirse es que se trata de un lugar común de la ideología burguesa contemporánea, en lo tocante a la segunda tesis H&N están completamente equivocados. Para respaldar su interpretación nuestros autores sostienen que "hoy no tiene razón de ser ninguna noción de la política que la entienda como una esfera independiente donde se determina el consenso y como una esfera de mediación entre fuerzas sociales" (pp. 283-284). Pregunta: ¿cuándo y dónde fue la política esa "esfera independiente" o esa simple "esfera de mediación"? Ante la cual podría responderse que lo que está en crisis no es tanto la política que puede estarlo, pero por otras razones sino una concepción schmittiana de la política, una concepción que muchos intelectuales progresistas en Europa y los Estados Unidos cultivaron con desordenada pasión por muchos años. Producto de esta viciosa adicción, las confusas construcciones doctrinales de un teórico nazi como Carl Schmitt no sólo un académico sino también uno de los más elevados magistrados del Tercer Reich fueron reconocidas como una contribución de primer orden a la teoría política capaz de hallar la vía de escape para la tantas veces pregonada "crisis del marxismo". Pero contrariamente a las enseñanzas de Schmitt, la política en las sociedades capitalistas nunca fue una esfera

autónoma de las demás. Esta discusión es demasiado conocida y generó ríos de tinta en los años setenta y ochenta del siglo pasado como para intentar resumirla ahora. Nos basta, a los efectos de este trabajo, con una breve referencia a un par de trabajos que abordan de manera directa esta problemática (Meiksins Wood, 1995: pp. 1948; Boron, 1997: pp. 95 137). En todo caso, nuestros autores se acercan más a la verdad cuando anotan, pocas líneas más abajo, que "(L)a política no desaparece; lo que desaparece es toda noción de autonomía de lo político" (p. 284). Pero, una vez más: el problema aquí es menos con la política que, sin dudas, ha cambiado que con la absurda noción de la autonomía de la política y de lo político, alimentada durante décadas por académicos e intelectuales rabiosamente antimarxistas y deseosos de sostener, contra toda evidencia, la visión fragmentaria de lo social típica de lo que Gyorg Lukács caracterizara como el pensamiento burgués (Lukács, 1971).

En la interpretación de H&N el declinar experimentado por la autonomía de la política dio lugar a una concepción ultraeconomicista del consenso, "determinado más significativamente por factores económicos tales como los equilibrios de los balances comerciales y la especulación sobre el valor de las monedas" (p. 284). De este modo, la teorización gramsciana que veía al consenso como la capacidad de la alianza dominante de garantizar una dirección intelectual y moral que la estableciera como la vanguardia del desarrollo de las energías nacionales, es completamente dejada de lado en el análisis que nuestros autores efectúan del estado en la fase actual. En su lugar, el consenso aparece como el reflejo mecánico de las noticias económicas, como una sumatoria de cálculos mercantiles sin lugar alguno para las mediaciones políticas, perdidas todas ellas en la noche de los tiempos. Su reduccionismo y economicismo desfiguraron por completo la complejidad del proceso de construcción del consenso en los capitalismo contemporáneos y, por otra parte, no resisten el rigor del análisis que demuestra cómo, en innumerables ocasiones, se produjeron significativas conmociones políticas en momentos en que las variables económicas se movían en la "dirección correcta", como lo ejemplifica la historia europea y norteamericana en los años sesenta del siglo pasado. Por otra parte, épocas de profunda crisis económica no necesariamente se tradujeron en el rápido derrumbe de los consensos políticos preexistentes. La pasividad y la aquiescencia populares fueron notables, por ejemplo, en la ominosa década del 1930 en Francia e Inglaterra, muy al contrario de lo que por esa misma época estaba ocurriendo en la vecina Alemania. En consecuencia: es indiscutible que, dado que la política no es una esfera autónoma de la vida social, existe una íntima conexión entre los factores económicos y los de orden político, social, cultural e internacional que, en un momento determinado, cristalizan en la construcción de un consenso político duradero. Por eso mismo cualquier esquema conceptual reduccionista, sea del tipo que fuere, economicista o politicista, es incapaz de rendir cuenta de la realidad.

El remate del análisis realizado por nuestros autores es extraordinariamente importante y puede resumirse de la siguiente manera: la decadencia de la política como esfera autónoma "indica además la decadencia de todo espacio independiente donde pueda florecer la revolución dentro del régimen político nacional o donde sea posible transformar el espacio social utilizando los instrumentos del estado" (p. 284). Las ideas tradicionales de construir un contrapoder o de oponer una resistencia nacional contra el estado han ido perdiendo cada vez más relevancia en las presentes circunstancias. Las principales funciones del estado han migrado hacia otras esferas y dominios de la vida social, principalmente hacia "los mecanismos de mando del nivel global de las grandes empresas transnacionales" (p. 284). El resultado de este proceso fue algo así como la autodestrucción o el suicidio del estado capitalista democrático nacional, cuya soberanía se fragmentó y dispersó entre una vasta colección de nuevas agencias, grupos y organizaciones entre los que sobresalen "los bancos, organismos de planificación internacionales y otros... que progresivamente tendieron a buscar legitimidad

en un nivel transnacional de poder" (p. 285). Con relación a las posibilidades que se abren ante esta transformación la sentencia de nuestros autores es radical e inapelable: "la decadencia del estado-nación no es meramente el resultado de una posición ideológica que podría revertirse mediante un acto de voluntad política: es un proceso estructural e irreversible" (p. 308). Los fragmentos dispersos de la vieja soberanía estatal, y su capacidad inherente de encontrar obediencia a sus mandatos, fueron recuperados y re convertidos por "toda una serie de cuerpos jurídico-económicos, tales como el GATT, la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial y el FMI" (p. 308). Dado que la globalización de la producción y circulación de mercancías ocasionaron la progresiva pérdida de eficacia y efectividad de las estructuras políticas y jurídicas nacionales, impotentes para controlar actores, procesos y mecanismos que excedían en gran medida sus posibilidades y que desplegaban sus juegos en un tablero ajeno a las fronteras nacionales, no tiene sentido alguno tratar de resucitar al difunto estado-nación. Nada podría ser más negativo para las futuras luchas emancipatorias, aseguran nuestros autores, que caer víctimas de la nostalgia de los viejos tiempos dorados. Pero aún si fuera posible resucitar al estado-nación cual Lázaro de entre los muertos, existe una razón aún más importante para desistir de esta empresa: esa institución "conlleva una serie de estructuras e ideologías represoras y cualquier estrategia que se sustente en ella debería rechazarse por esa misma razón" (p. 308). Supongamos por un momento que damos por válido este argumento. En tal caso no sólo deberíamos resignarnos a contemplar la ineluctable decadencia del estado-nación sino también la del orden democrático producto de siglos de luchas populares que inevitable mente reposa sobre la estructura estatal. H&N no se explayan sobre este tema, de capital importancia. ¿Tal vez no lo hacen por que suponen, erróneamente, que es posible "democratizar" los mercados o una sociedad civil estructuralmente dividida en clases? Sabemos que esto no es posible, tal como lo hemos examinado detenidamente en otra parte (Boron, 2000[b:] pp. 73132). ¿Cuál es la salida entonces?

Capítulo 4

El imperio ético, o la mistificación posmoderna del imperio "realmente existente"

A estas alturas de su recorrido H&N claramente han traspasado un punto de no retorno, y su análisis del "imperio realmente existente" ha cedido lugar a una construcción entre poética y metafísica que por una parte guarda un muy lejano parecido con la realidad, y por la otra, y debido precisamente a esas características, ofrece escasa ayuda a las fuerzas sociales interesadas en transformar las estructuras nacionales e internacionales del capitalismo mundial. El diagnóstico general es erróneo debido a los fatales problemas de análisis e interpretación que plagan el esquema teórico de nuestros autores, a lo que se agrega una serie de observaciones puntuales y comentarios sumamente desafortunados que un lector paciente podría coleccionar sin gran esfuerzo y que, si tratara de refutarlos uno por uno, lo obligarían a escribir una obra de extraordinaria magnitud. Dado que no es ésta nuestra intención, procederemos a seguir con nuestro análisis centrado en las debilidades del esquema teórico interpretativo general.

Para comenzar, permítasenos reafirmar un muy elemental pero sumamente importante punto de partida: es imposible hacer buena filosofía política y social sin un sólido análisis económico. Tal como lo hemos demostrado en otro lugar, éste fue exactamente el camino elegido por el joven Marx como filósofo político, una vez que precozmente comprendió los límites de una reflexión social y política que no estuviese anclada firmemente en un riguroso conocimiento de la sociedad civil (Boron, 2000[a]). La ciencia que develaba la anatomía de la sociedad civil y los secretos más íntimos de la nueva organización económica creada por el capitalismo era la economía política. Esta fue la razón por la que el fundador del materialismo histórico dedicó sus energías a la nueva disciplina, no para pasar de una a otra sino para arraigar sus reflexiones y su crítica al orden social existente, y su anticipación de la futura sociedad, en la roca viva de un profundo análisis económico. Este anclaje en buena economía política, vía regia para llegar a un conocimiento profundo de la sociedad capitalista, es precisamente lo que está faltando en Imperio. De hecho, el libro tiene poco, muy poco, de economía, y lo que tiene es, en la gran mayoría de los casos, la versión convencional del análisis económico que se enseña en las escuelas de administración de empresas o que propalan los grandes publicistas de la globalización neoliberal, combinado con algunos fragmentos aislados de economía política marxista. En resumen: mala economía para analizar un tema como el del sistema imperialista que requiere, inexorablemente, de un muy riguroso tratamiento del asunto apelando a lo mejor que la economía política puede ofrecer.

Nos hallamos, en consecuencia, frente a un libro que intenta analizar el orden internacional, supuestamente un imperio, y en el cual apenas un par de veces el lector tropeza con instituciones tales como el FMI, el Banco Mundial, la OMC y otras agencias del actual orden mundial, llámese imperio o imperialismo. La palabra "neoliberalismo", por ejemplo, que alude nada menos que a la ideología y la fórmula político-económica predominante durante el último cuarto de siglo cuando el presente orden económico fue reconstruido de pies a cabeza, apenas si aparece a lo largo del libro, lo mismo que el Acuerdo Multilateral de Inversiones (MIA) y el Consenso de Washington. La impresión que el lector va formándose a medida que avanza en la lectura del libro es la de hallarse ante dos académicos muy bien intencionados pero completamente removidos del barro y la sangre que constituyen la vida cotidiana de las sociedades capitalistas, sobre todo en la periferia, y que se lanzaron a navegar por los mares

del imperio provistos de mapas muy defectuosos y contando con muy pobres instrumentos de navegación. Así, como desorientados Quijotes, toman las apariencias por realidades. Por eso, cuando des criben la pirámide de la constitución global del imperio nuestros autores aseguran que:

"(E)n el angosto pináculo de la pirámide hay una superpotencia, los Estados Unidos, que tiene la hegemonía del uso global de la fuerza, una superpotencia que puede actuar sola, pero que prefiere actuar en colaboración con otras bajo el para guas protector de las Naciones Unidas" (pp. 285286).

Se hace muy difícil comprender un comentario tan cándido e inocente como éste, en el cual la sofisticación que se espera de un análisis científico se encuentra completamente ausente. Para comenzar, la reducción del concepto de hegemonía al uso de la fuerza es inadmisibles. La hegemonía es mucho más que eso. Refiriéndose a los temas del imperio y el imperialismo, Robert Cox escribió una vez que la hegemonía podría ser representada como "un ajuste entre el poder material, la ideología y las instituciones" (Cox, 1986: p. 225). Reducir la cuestión de la hegemonía solamente a sus aspectos militares, cuya importancia está más allá de toda duda, es un error mayúsculo. La hegemonía norteamericana es mucho más compleja que eso. Por otra parte, se nos dice que los Estados Unidos "prefieren" seguramente a causa de su buena voluntad, su reconocida generosidad en materia internacional y su intensa adhesión a los principios de la tradición judeocristiana actuar en colaboración con otros. Uno no puede menos que preguntarse si las veintitantas páginas que en Imperio se destinan a reflexionar sobre los pensamientos de Machiavelli fueron escritas por los mismos autores que luego avientan una interpretación de la conducta internacional de los Estados Unidos tan antitética a las enseñanzas del teórico florentino como la que estamos citando. La "preferencia" de los Estados Unidos (por su puesto, estamos hablando del gobierno norteamericano y de sus clases dominantes, no de la nación o el pueblo de ese país) por la acción colaborativa es apenas una manta debajo de la cual las políticas imperialistas son adecuadamente disfrazadas para ser vendidas a los espíritus inocentes. Mediante esta operación, cuya eficacia queda demostrada una vez más en el libro que nos ocupa, las políticas de expansión y dominación imperial aparecen como si fueran verdaderos sacrificios en aras del bien común de la humanidad. Es razonable suponer que los más altos funcionarios del gobierno de los Estados Unidos y sus numerosos ideólogos y publicistas puedan decir algo como eso, que ni siquiera los más obsecuentes y serviles aliados de Washington tomarían en serio. Lo que no es para nada razonable es que dos críticos radicales del sistema crean esas patrañas.

No es la primera vez que este serio error aparece en el libro. Ya en un capítulo previo habían escrito:

"En los años de debilitamiento de la guerra fría y una vez que ésta hubo terminado, la responsabilidad de ejercer un poder de policía internacional "recayó" directamente en los hombros de los Estados Unidos. La Guerra del Golfo (...) fue una operación represora de escaso interés desde el punto de vista de los objetivos, de los intereses regionales y de las ideologías políticas implicadas... La importancia de la Guerra del Golfo estriba principalmente en el hecho de que presentó a los Estados Unidos como la única potencia capaz de aplicar la justicia internacional, no como una función de sus propias motivaciones nacionales sino en nombre del derecho global" (pp. 171172, bastardillas en el original).

En conclusión, y contrariamente a lo que indican ancestrales prejuicios alimentados por la incesante prédica antinorteamericana de una izquierda extraviada, lo que aprendemos ahora al

leer Imperio es que el pobre Tío Sam tuvo que asumir, pese a su renuencia y en contra de su voluntad, las responsabilidades de ejercer un papel de gendarme mundial luego de décadas de in fructuosas gestiones para tratar de ser eximido de tan penosa obligación. El poder, por eso mismo, "recayó" en sus manos mientras toda la diplomacia del Departamento de Estado se encontraba ocupada en la reconstrucción, sobre bases genuinamente democráticas, del sistema de Naciones Unidas, y los más encumbrados funcionarios de Washington recorrían el mundo ente ro procurando relanzar una nueva ronda de negociaciones Norte /Sur orientadas a reducir las irritantes desigualdades en la distribución internacional de la riqueza y para fortalecer a los alicaídos gobiernos de la periferia enseñándoles cómo resistir las exacciones a que son sometidos por las gigantescas corporaciones transnacionales. Nuestros dos académicos radicales, perdidos en la oscuridad de la confusión teórica, se encuentran con alguien que les da una mano y que, salidos a la luz del día, descubren que no es otro que Thomas Friedman, el muy conservador editorialista del New York Times y portavoz de las opiniones del establishment norteamericano. Según Friedman, la intervención de los Estados Unidos en Kosovo fue legítima como, por otras razones, también lo había sido en el Golfo porque puso fin a la limpieza étnica que se estaba practicando en esa región y, por lo tanto, fue "hecha en nombre del derecho global", para usar una expresión cara a H&N. Lo cierto es que, como Noam Chomsky lo ha demostrado, la limpieza étnica del siniestro régimen de Milosevic no fue la causa sino la consecuencia de los bombardeos norteamericanos (Chomsky, 2001: p. 81).

Pero retornemos a la Guerra del Golfo, deplorablemente caracterizada por nuestros autores como una "operación represora de escaso interés" y poca importancia. Primero que nada conviene recordar que tal operación no fue precisamente una guerra si no, como Chomsky lo asegura, una matanza: "el término "guerra" difícilmente se aplica a una confrontación en la cual una par te masacra a la otra desde una distancia inalcanzable, mientras se destruye a la sociedad civil" (Chomsky, 1994: p. 8). Pero nuestros autores no están preocupados por este tipo de disquisición: su visión del advenimiento del imperio con su plétora de posibilidades liberadoras y emancipadoras hace que sus ojos miren bien hacia lo alto y no puedan, por eso mismo, percatarse de los horrores y las miserias que en el fango de la historia producen las actuales políticas del imperialismo. Si los teólogos cristianos del Medioevo tenían sus ojos completamente vueltos hacia la contemplación de Dios y por esa razón no podían darse cuenta del infierno que los rodeaba, nuestros autores están tan arrobados por la contemplación de las luminosas perspectivas que se abren con el advenimiento del imperio que la carnicería que inaugura esta nueva época histórica no los mueve a escribir siquiera una lí nea de lamento o de compasión. Maestros en el arte de la "de construcción", demostraron ser completamente incapaces de aplicar ese recurso al análisis de la guerra, que fue en realidad una masacre. Fracasaron también en reconocer, no digamos denunciar, el enorme número de víctimas civiles, que tan sólo entre los niños llega a una cifra superior a los 150 mil como resultado de los bombardeos, las "víctimas colaterales" y el criminal embargo que siguió a la guerra. Tampoco dicen nada de que pe se a su derrota Saddam permaneció en el poder, pero contando con la anuencia del gendarme del mundo para reprimir a su antojo los levantamientos populares de los kurdos y la minoría shiíta (Chomsky, *ibid.*: p. 8).

Por último, ¿cuán realista puede ser un análisis que considera que la Guerra del Golfo, escenificada no por casualidad en la zona donde se hallan las más importantes reservas mundiales de petróleo, fue un asunto de importancia marginal para los Estados Unidos? ¿Debemos pensar entonces que Washington lanzó sus operaciones militares movido por la imperiosa necesidad de asegurar el predominio del "derecho global" y no con el objeto de reafirmar su indisputable primacía en una región estratégica del globo? La decisión del

Presidente Bush de arrasar Afganistán, tratando en vano de dar con el paradero de uno de sus antiguos lugartenientes, Osama Bin Laden, ¿habrá sido entonces motivada por la necesidad de hacer lugar a esta demanda de justicia universal? ¿Cómo calificar tamaño desatino?

Esta visión angelical del funcionamiento concreto del imperio, y de algunos acontecimientos desagradables como la Guerra del Golfo, está en línea con otras definiciones sumamente polémicas que hacen nuestros autores. Por ejemplo, que "la fuerza policíaca mundial de los Estados Unidos obra, no con un interés imperialista, sino con un interés imperial". La fundamentación de esta afirmación es bien sencilla, y remite a otros pasajes del libro: dado que el imperialismo ha desaparecido, tragado por el remolino que destruyó a los viejos estados nacionales, una intervención del hegemon sólo tiene sentido como una contribución a la estabilidad del imperio. El pillaje característico de la era del imperialismo ha sido substituido por el derecho global y la justicia internacional.

Otra cuestión planteada por H&N refleja con mayor claridad aún los graves problemas que afectan su visión del sistema internacional realmente existente, y que ante sus ojos se convierte en una especie de imperio ético. Así, refiriéndose a la ascendencia que los Estados Unidos adquirieron en el mundo de la posguerra, nuestros autores sostienen que:

"...fueron convocados a desempeñar el papel de garante y a dar mayor eficacia jurídica a todo este complejo proceso de formación de un nuevo derecho supranacional. Del mismo modo que en el siglo I de la era cristiana, los senadores romanos le pidieron a Augusto que asumiera los poderes imperiales (...) hoy las organizaciones internacionales (las Naciones Unidas, las organizaciones monetarias internacionales y hasta las organizaciones humanitarias) le piden a los Estados Unidos que asuman el rol central en el nuevo orden mundial" (p. 173).

Los equívocos contenidos en este pasaje de la obra de H&N son gravísimos. En primer lugar, se plantean como análogas dos situaciones enteramente diferentes: la del imperio romano en el siglo I y la actual, cuando el mundo ha cambiado algo si bien no tanto como quisiéramos y el antiguo orden que prevalecía en torno a la cuenca del Mediterráneo y basado en la esclavitud no parece tener demasiadas afinidades con el sistema imperialista actual que hoy cubre la totalidad del planeta y que abarca a poblaciones formalmente libres. Pero, en segundo lugar, está el hecho de que una cosa son los senadores romanos exigiéndole a Augusto que asuma poderes imperiales, y otra bien distinta que hubieran sido los pueblos sometidos al yugo romano los que le solicitaran tal cosa. Por cierto que hay una considerable mayoría de los senadores norteamericanos que le reiteran a la Casa Blanca la necesidad de actuar como eje articulador y organizador del imperio, en beneficio de las empresas y los intereses nacionales de los Estados Unidos, como veremos en los capítulos siguientes. Otra muy distinta es que los pueblos, naciones y estados sometidos a su dominio hayan exigido tal cosa. En este punto, el análisis de H&N se confunde con el pensamiento del establishment norteamericano pues remite a supuestas demandas elevadas a Washington por las Naciones Unidas (¿cuándo la Asamblea General reclamó tal cosa?, porque no es éste un asunto que pueda decidir un órgano tan poco representativo y antidemocrático como el Consejo de Seguridad) y menos aún las "organizaciones monetarias internacionales" (¿se estarán refiriendo al FMI, el Banco Mundial, la OMC, el BID como representantes de los derechos de los pueblos? ¿De qué hablan?). En todo caso, y aún cuando lo hubieran reclamado, sabemos muy bien que tales instituciones son, en los hechos, "miembros informales" del gobierno norteamericano y carecen por completo de legitimidad universal para tomar una iniciativa como la que se menciona. ¿Y qué decir de las organizaciones humanitarias? Hasta donde se sepa, ni Amnesty, ni la Cruz

Roja, ni Greenpeace, ni el Servicio de Paz y Justicia, ni ninguna otra que se conozca, han formulado jamás la petición que se plantea en el libro de nuestros autores.

Tal vez H&N estén pensando en el activo protagonismo que los Estados Unidos han tenido en la promoción de un nuevo marco jurídico supranacional el cual, por razones que se comprenderán en seguida, ha sido conducido en el mayor secreto por los gobiernos involucrados en esta empresa. En efecto, desde hace varios años Washington ha venido trabajando muy sistemáticamente y tiene como una de las prioridades de su agenda de política exterior el establecimiento del Acuerdo Multilateral de Inversiones (MIA). Para avanzar en esta propuesta la Casa Blanca contó con la siempre in condicional colaboración de su principal estado cliente, el Reino Unido, y de la abrumadora mayoría de los gobiernos agrupados en la OECD. Entre las reglas que los Estados Unidos han tratado de imponer, seguramente inspirados en el mismo tipo de literatura en la cual abrevaron nuestros autores, para consolidar la justicia y el derecho universales se cuentan dos contribuciones epocales a la ciencia del derecho: por una parte, una innovación doctrinaria merced a la cual por primera vez en la historia empresas y estados se convierten en personas jurídicas que gozan exactamente del mismo status legal. Los estados dejan de ser representantes de la soberanía popular y de la nación para devenir en simples agentes económicos sin ninguna clase de prerrogativas en las cortes. No es preciso ser un gran estudioso del derecho para poder calificar esta "conquista jurídica" afanosamente buscada por Washington como una fenomenal retrogresión que violenta los avances del derecho moderno en los últimos trescientos años. Segunda contribución: teniendo en cuenta la extraordinaria preocupación del gobierno estadounidense por el derecho universal, el MIA propone la abolición del principio de reciprocidad entre las dos partes firmantes de un contrato. Si el MIA llegara a ser aprobado, cosa que hasta ahora no ha sido posible gracias a la tenaz oposición de las organizaciones humanitarias y movimientos sociales de diverso tipo, una de las dos partes de un contrato tendría derechos y la otra sólo obligaciones. Habida cuenta de las características del imperio "realmente existente" no es demasiado difícil averiguar quién tendría qué: las empresas tendrán el derecho de llevar a los estados ante las cortes de justicia, pero los estados quedan inhabilitados para hacer lo pro pio con los inversionistas que no cumplan con sus obligaciones. Claro que dada la conocida preocupación del gobierno norteamericano por asegurar la democracia universal se admite que un esta do pueda iniciar un juicio contra otro estado, con lo que se empareja un poco la cosa. Así, si los gobiernos de Guatemala o Ecuador tuvieran un problema con la United Fruit o Chiquita Banana, no podrían iniciar un juicio contra estas empresas, pero tendrían las manos libres y todas las garantías del mundo para hacerlo en contra del gobierno de los Estados Unidos, dado que, pese a lo que piensan H&N, esas empresas son norteamericanas y están registra das en ese país. Se comprenden ahora las razones por las cuales las negociaciones que culminaron en la redacción del borrador del MIA fueron conducidas en el más absoluto secreto y al margen de cualquier tipo de control democrático y popular (Boron, 2001[a]: pp. 3162; Chomsky, 2000[a]: pp. 259260; Lander, 1998).

Ante tamaña distorsión de las realidades del imperio no sor prende que nuestros autores concluyan que

"En todos los conflictos regionales de fines del siglo XX, des de Haití hasta el Golfo Pérsico y desde Somalia hasta Bosnia, los Estados Unidos fueron convocados a intervenir militarmente y estamos hablando de pedidos reales y sustanciales, no de meros trucos publicitarios destinados a calmar el disentimiento público estadounidense. Aún cuando hubiesen sido reacios a tal intervención, los militares estadounidenses habrían tenido que responder a esos requerimientos en nombre de la paz y el orden" (p. 173).

Sin comentarios.

EL IMPERIO TAL CUAL ES, RETRATADO POR SUS INTELLECTUALES ORGÁNICOS

Tal como parece estar suficientemente probado, el análisis de H&N sobre el orden mundial de nuestro tiempo es insanablemente erróneo, basado en una lectura seriamente distorsionada de las transformaciones en curso en las formaciones estatales y en los mercados mundiales del capitalismo contemporáneo. Esto no niega que ocasionalmente, aquí y allá, el lector pueda encontrar algunas reflexiones y observaciones muy penetrantes en relación a temas sumamente puntuales, pero el cuadro general que brota de sus análisis es teóricamente equivocado y políticamente inconducente.

Un buen ejercicio que podría ayudar a que H&N desciendan desde las nebulosas estructuralistas en las que parecen haber anidado sus razonamiento "el imperio como un régimen específico de relaciones globales" (p. 58), "una nueva forma global de soberanía" (p. 14) lo constituye la lectura de la obra de algunos de los principales intelectuales orgánicos del imperio. Leo Panitch ha llamado la atención sobre una significativa paradoja: mientras el término "imperialismo" ha caído en desuso, las realidades del imperialismo son mucho más vívidas e impresionantes que nunca. Esta paradoja es tanto más acentuada en América Latina en donde no sólo el término "imperialismo" sino también la voz "dependencia" fueron expulsados del lenguaje académico y del discurso público precisamente en momentos en que la sujeción de nuestros países a las fuerzas económicas transnacionales alcanzó niveles sin precedentes en nuestra historia. Son muchas las razones por las que esto ha ocurrido, entre las cuales sobresalen la derrota ideológica y política de la izquierda y sus consecuencias: la adopción del lenguaje y la agenda intelectual de sus vencedores y la debilidad para resistir su chantaje, especialmente entre aquellos obsesionados por preservar sus carreras y ganar el "reconocimiento público" que administran las grandes usinas doctrinarias de las clases dominantes. Este fenómeno no sólo se verificó en nuestra región sino también en Europa y los Estados Unidos; en la primera muy principalmente en aquellos países en donde la fuerza de los partidos comunistas era muy grande y la presencia de una cultura política de izquierda muy vigorosa, como en Italia, Francia y España. Es por eso que Panitch sugiere que si la izquierda quiere enfrentarse con la realidad tal vez "debería mirar hacia la Derecha para obtener una clara visión de hacia donde marchar" (Panitch, 2000; pp. 1820). ¿Por qué? Porque mientras muchos en la izquierda evidencian una enfermiza inclinación a olvidarse de la existencia de la lucha de clases y el imperialismo (temerosos de ser sindicados por el prevaeciente consenso neoliberal y posmoderno como extravagantes y ridículos dinosaurios fugados del Parque Jurásico del socialismo), los mandarines del imperio, preocupados como están por asesorar con sus conocimientos a las clases dominantes que se enfrentan a diario con los antagonismos clasistas y las luchas emancipadoras no tienen tiempo que derrochar en fantasías ni en poesías. Las necesidades prácticas de la administración imperial no les permiten darse el lujo de distraerse con elucubraciones meta físicas. Esta es una de las razones por las que Zbigniew Brzezinski es tan claro en su diagnóstico, y en vez de hablar de un imperio fantasmagórico, como el que delinear H&N, va directamente al grano y celebra sin tapujos la a su juicio irresistible ascensión de los Estados Unidos a la condición de "única superpotencia global". Preocupado por asegurar la estabilidad a largo plazo de la fase imperialista abierta tras el derrumbe de la URSS, Brzezinski identifica los tres grandes principios orientadores de la estrategia geopolítica norteamericana: primero, impedir la colusión entre y preservar la dependencia de los vasallos más poderosos en cuestiones de seguridad (Europa Occidental y Japón); segundo, mantener la sumisión y obediencia de las naciones tributarias, como las de

América Latina y el Tercer Mundo en general; y tercero, prevenir la unificación, el desborde y un eventual ataque de los "bárbaros", denominación ésta que abarca desde China hasta Rusia, pasando por las naciones islámicas del Asia Central y Medio Oriente (Brzezinski, 1998: p. 40). Más claro imposible.

Las observaciones del ex Director del Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos ofrecen una visión clara y sin rodeos, alejada de la nebulosa retórica empleada por H&N y precisamente por eso sumamente instructiva, de lo que estos autores denominan imperio y Panitch designa como "nuevo imperialismo". Bastante antes de que Brzezinski expresara estas ideas, Su san Strange, no precisamente una académica marxista, escribió en 1989 un artículo que de haber sido leído por nuestros autores les habría ahorrado mucho tiempo y evitado cometer algunos errores sumamente graves. Decía Strange que:

"Lo que está emergiendo, por lo tanto, es un imperio no territorial con su capital imperial en Washington, D.C. Si las capi tales imperiales solían atraer cortesanos de las provincias exteriores, Washington atrae en cambio a "lobbies" y agentes de las empresas internacionales, representantes de grupos minoritarios dispersos por el imperio y grupos de presión organizados en una escala global. (...) Al igual que en Roma la ciudadanía no está limitada a una raza superior y el imperio contiene un mix de ciudadanos con derechos legales y políticos ple nos, semiciudadanos y nociudadanos, tal como la población esclava de Roma. (...) Los semiciudadanos del imperio son muchos y muy dispersos. (...) Ellos incluyen muchas personas empleadas por grandes firmas transnacionales que operan en la estructura transnacional de producción que atiende, como todos ellos bien saben, al mercado global. Esto incluye a la gente empleada en la banca transnacional y, muy a menudo, a los miembros de las fuerzas armadas "nacionales," especialmente aquellas que son entrenadas, armadas por, y dependientes de, las fuerzas armadas de los Estados Unidos. También incluye a muchos académicos en medicina, ciencias naturales y ciencias sociales, como administración y economía, quienes miran hacia las asociaciones profesionales y las universidades de los Estados Unidos como los pares ante cuyos ojos ellos desean brillar y sobresalir. También se incluye a la gente que está en la prensa y los medios de comunicación, para quienes la tecnología norteamericana y los ejemplos que brindan los Estados Unidos han mostrado el camino, cambiando las instituciones y organizaciones establecidas" (Strange, 1989: p. 167).

Parece inobjetable el hecho de que pese a su rechazo del marxismo el diagnóstico de Strange sobre la estructura y la organización internacional del imperio guarda más relación con el materialismo histórico que el que emerge de la obra de H&N. No es ésta la primera vez que un liberal riguroso y objetivo provee, gracias al realismo que preside su análisis, una visión mucho más cercana al análisis marxista que la que surge de la pluma de autores que se identifican con esa tradición teórica. La vibrante perspectiva que nos han ofrecido Brzezinski y Strange se completa con el descarnado diagnóstico que efectúa uno de los más distinguidos teóricos del neoconservadurismo norteamericano, Samuel P. Huntington, quien tampoco tiene dudas acerca del carácter imperialista del actual orden mundial. Su preocupación se centra en la debilidad y vulnerabilidad de los Estados Unidos en su condición de "sheriff solitario". Esta singularidad ha obligado a Washington a un ejercicio vicioso del poder internacional, y una de las consecuencias de tal acción puede ser la formación de una amplísima coalición antinorteamericana en donde no sólo se encuentren Rusia y China sino también, si bien en diversos grados, los estados europeos, lo cual pondría seriamente en crisis al actual orden mundial. Para refutar a los escépticos y refrescar la memoria de quienes se han olvidado de lo que son las relaciones imperialistas conviene reproducir in extenso el largo rosario de iniciativas que según Huntington fueron impulsadas por Washington en los últimos años:

"presionar a otros países para adoptar valores y prácticas norteamericanas en temas tales como derechos humanos y democracia; impedir que terceros países adquieran capacidades militares susceptibles de interferir con la superioridad militar norteamericana; hacer que la legislación norteamericana sea aplicada en otras sociedades; calificar a terceros países en función de su adhesión a los estándares norteamericanos en materia de derechos humanos, drogas, terrorismo, proliferación nuclear y de misiles y, ahora, libertad religiosa; aplicar sanciones contra los países que no conformen a los estándares norteamericanos en estas materias; promover los intereses empresariales norteamericanos bajo los slogans del comercio libre y mercados abiertos y modelar las políticas del FMI y el BM para servir a esos mismos intereses (...) forzar a otros países a adoptar políticas sociales y económicas que beneficien a los intereses económicos norteamericanos; promover la venta de armas norteamericanas e impedir que otros países hagan lo mismo (...) categorizar a ciertos países como "estados parias" o delincuentes y excluirlos de las instituciones globales por que rehúsan a postrarse ante los deseos norteamericanos" (Huntington, 1999: p. 48).

Entiéndase bien: no se trata de la incendiaria crítica de un mortal enemigo del imperialismo norteamericano sino del sobrio recuento hecho por uno de sus más lúcidos intelectuales orgánicos, preocupado por las tendencias autodestructivas que se derivan del ejercicio de su solitaria hegemonía en el mundo unipolar. Ante imágenes como las que se desprenden de los tres autores cuyas ideas hemos presentado, el discurso por momentos poético y a ratos metafísico de H&N se desvanece a causa de su propia liviandad y de su radical desconexión con lo que Huntington apropiadamente denomina las responsabilidades de la superpotencia solitaria. Lo que surge del análisis de estos autores es que la supuesta "nueva forma global de soberanía", que nuestros autores resumen en la palabra "imperio", y que impondría una nueva lógica global de dominio, no es tal, sino que lo que hay es una "lógica norteamericana de dominio". Que existen organizaciones supranacionales y transnacionales está fuera de toda duda, como también lo está el hecho de que ellas son una fachada conveniente detrás de la cual se oculta el interés nacional norteamericano. Es obvio que éste no existe en abstracto, ni es el interés del pueblo norteamericano o de la nación. Es el interés de los grandes conglomerados empresariales que controlan a su antojo el gobierno de los Estados Unidos, el congreso, el poder judicial, los grandes medios de comunicación de masas, las principales universidades y centros de estudio y todo un denso entramado que les permite detentar una formidable hegemonía sobre la sociedad civil. Instituciones supuestamente "intergubernamentales" o internacionales como el FMI, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio y otras por el estilo están al servicio de los intereses corporativos norteamericanos. Las intervenciones de los Estados Unidos en distintas regiones del globo reconocen diversas motivaciones, pero nunca fueron hechas, como sostienen H&N, para establecer el derecho internacional. En este sentido, Brzezinski no pudo haber sido más categórico al decir que las así llamadas instituciones supranacionales son, de hecho, par te del esquema imperial, algo que es particularmente cierto en el caso de las instituciones financieras internacionales (Brzezinski, 1998: pp. 2829).

